

Capítulo IV

¿Cómo ha nacido y se ha desarrollado la cultura marianista? Origen geográfico e histórico y evolución de la misma

Las culturas brotan y crecen. Hay personas que las forjan. Una cultura nace en un tiempo y en un lugar, de unas intuiciones y experiencias, de un texto y de un contexto, de unos hombres y de unas mujeres¹. Sólo después, y cuando pueden, tratan de ser internacionales o universales. Este salto a la globalidad es exigente y es signo de maduración y crecimiento para un carisma y para una cultura. Pide mucha fuerza y dinamismo interior. De hecho, algunos carismas y propuestas misioneras no son capaces de traspasar los límites locales, regionales o nacionales. Normalmente, cuando esto ocurre, se hacen más fundamentalistas. Quedan sin la riqueza y la fuerza, sin la soltura y apertura que les trae y exige el echar raíces en contextos diversos.

A su vez, una cultura, en este caso la marianista, *crea los grupos*. Reúne y une personas. Su arte, sus ideas, su lenguaje, sus productos, sus hábitos, sus normas – escritas o tácitas– convocan y hacen nacer las comunidades. Crean una conciencia de nación, de familia, de grupo. Esta comunidad se identifica con los logros, reflexiones, nivel de educación propia de esta cultura².

Inculturar el carisma marianista ha sido y es un proceso por el que éste es recibido por pueblos nuevos y cuando es bien asimilado, vivido llega a ser expresado en las formas propias de las culturas de esos países. Es la encarnación de la vida marianista y del mensaje en un contexto particular de tal forma que esta experiencia no solo halla expresión a través de los elementos de la cultura en cuestión sino que se convierte en un principio que anima, dirige y unifica la misma cultura transformándola de modo tal que llegue a producirse una nueva creación. Inculturar es *plantar la semilla del carisma marianista y ayudarla a crecer y florecer valiéndose de los recursos y del genio de esa cultura*. No hay duda que cuando todo se inicia bien comienza un proceso dinámico de interacción entre el carisma marianista y la realidad cultural del nuevo contexto o del nuevo período histórico. Por la inculturación el carisma marianista se convierte en una fuerza viva que inspira, unifica, renueva, transforma y recrea la cultura local desde dentro (EN 20). Las buenas inculturaciones han sido imprescindibles en todas las etapas del desarrollo de la cultura marianista.

En estos procesos de encarnación del carisma marianista se siguen varios pasos. Esta evolución estará muy presente en este capítulo. Vamos a usar un ejemplo concreto que nos

¹ Esa encarnación ayuda al marianista a distinguir lo esencial de su condicionamiento cultural; es una tarea delicada; de todas formas un carisma no puede existir si no está inculturado. Cuando cambia la cultura, es el caso en nuestros días, se precisa un trabajo hermenéutico para discernir lo que es divino de lo que es humano. Un buen principio para nosotros es estar con el P. Chaminade y con M. Adela y con el tiempo actual pero no con los tiempos del P. Chaminade. Se precisa discernir los signos de los tiempos que son siempre ambivalentes.

² “Las culturas no solamente no quedan disminuidas por este encuentro, más bien son impelidas a abrirse ellas mismas a la novedad de la verdad del Evangelio y a verse conmovidas por esta verdad para desarrollar nuevos caminos” (Ecclesia in Oceanía, 16).

permitirá comprender el camino y las etapas seguidas. A final del s. XIX marianistas franceses llegan a Japón. Allí en un primer momento tratan de inculturarse en el contexto japonés. Intentan vivir y proceder *como japoneses*. Consiguen determinados niveles de asimilación y de encarnación. Podemos decir que algunos marianistas franceses “se hacen” japoneses. Este esfuerzo de identificación y asimilación, puede llevar a comer como los japoneses, a rezar y a parecerse a ellos.

En la primera década del s. XX, al ver a estos marianistas franceses *algunos japoneses* se hacen marianistas. Asumen el carisma y la cultura marianista y de ella hacen una nueva versión que es una mezcla bien hecha de raíces japonesas, de singularidad nipona con la realidad marianista. Se han inculturado en la cultura marianista y ésta ha entrado en la idiosincrasia japonesas, en las personas japoneses.

En un tercer momento los japoneses marianistas hacen *una nueva versión de la cultura marianista, la japonesa que se suma a otras muchas existentes*. Lo hacen con su vida, con sus actitudes, sus reflexiones, sus pinturas, su lenguaje. Cuando llega este momento la cultura marianista o las expresiones de la misma crecen. Se enriquecen. Reciben rostro de japoneses. Esas nuevas expresiones la hacen madurar. No son francesas, son japonesas, y son marianistas.

El proceso se continúa cuando japoneses marianistas deciden ir a fundar a Filipinas.

1. Geografía de la cultura marianista

El carisma marianista nace con el s. XIX en Francia. En torno a una persona, el P. Chaminade, hijo de su época pero con actitud, en un cierto modo *contestataria* frente a la cultura de la misma (ilustración y revolución francesa)³. El P. Chaminade, como otros fundadores y fundadoras *hizo de su proyecto de vida una propuesta cultural innovadora y original*. Con el correr del tiempo se fueron desarrollando nuevas expresiones culturales del carisma marianista. Expresiones variadas pero que han sido capaces de permanecer más allá de las limitaciones del tiempo y del espacio. La fuerza creativa es condición importante para la vitalidad continuada de un carisma y de una cultura.

Los intentos ininterrumpidos de inculturación son una constante en la historia de la Familia marianista. Afortunadamente, no partimos de cero; hay tradiciones e historia en la que apoyarse. Lo primitivo marianista se da en el siglo XIX y en Francia. Muy pronto comienza a cruzar fronteras; pero, por supuesto, en las primeras décadas la Familia marianista, como es natural, fue monocultural. De todas formas el diálogo intercultural se inició pronto. *En unos lugares antes que en otros se tomó enseguida conciencia de que la uniformidad no era la buena solución*. En todas partes donde se llegaba para iniciar presencia marianista había una identidad cultural y había que respetarla. Por eso, ya desde los primeros tiempos de la Familia marianista, surgió esta pregunta: ¿cómo anunciar el Evangelio a pueblos que pertenecen a culturas que son diferentes de las europeas? ¿Cómo vivir la vida marianista de forma significativa en los contextos culturales no europeos de tal modo que la vida marianista no se vea como una ruptura con la identidad cultural propia o como una invasión?

³ Vasey, V. Another portrait, Nacms, p. 2 y s

Poco a poco se fue llegando a una conclusión que no siempre ha inspirado el proceder de la Familia marianista en todos los lugares: la fidelidad creativa al carisma marianista exige que sea inculturado; así será el mismo y será diverso. Esta fidelidad no consiste en repetir simplemente lo que los Fundadores dijeron o hicieron. Entraña liberar el potencial de novedad que hay inherente en el carisma. Esa novedad viene del Espíritu pero necesita ser provocada por las nuevas situaciones culturales.

Creo que los principios sobre este tema en el mundo marianista han solido estar claros. Con alguna frecuencia han faltado personas con la suficiente altura para que los encarnaran. *De la interacción dialogal entre carisma y cultura nueva nacen las nuevas formas de expresiones culturales marianistas.* Esa interacción no se da en el vacío. El fruto de la misma no son abstracciones sino expresiones culturales nuevas. El distinto contexto geográfico o histórico hizo brotar nuevas formas de vivir el carisma marianista. Así se superó, poco a poco, como vamos a ver, la realidad de una cultura dominante. La cultura marianista crece a la sombra de la cultura propia de cada pueblo. Ahora, miradas en su conjunto las diferentes subculturas marianistas, no existen unas superiores y otras inferiores. Sólo se dan culturas diferentes. En todas ellas hay un denominador común.

2. Geografía e historia de la cultura marianista

Esta cultura marianista tiene, como hemos indicado, geografía e historia. Los tiempos y los lugares cuentan mucho en este enlace de acontecimientos, elementos, paisajes y distancias. Nuestras existencias y nuestra cultura las vivimos en el presente y en un lugar concreto. Pero tendemos a comprenderlas desde el pasado y desde la distancia. Para evitar ese grave error van estas reflexiones.

a. Geografía

- Período francés

Esta cultura marianista ha sido en su origen francesa; de una manera más amplia, podemos decir, europea. Por supuesto, no hay que olvidar que en la originalidad de una cultura influye significativamente el lugar donde nació. A Francia hay que volver para conocer las raíces y primeras expresiones de la cultura marianista. La Francia del sur y la del norte están presentes en esos años fundacionales. El proyecto histórico francés de finales del s. XVIII y comienzos del XIX se convierten en el desafío al que el Fundador y los primeros marianistas quieren responder. Entender bien la cultura de esos años ayuda a entender el carisma y el proyecto marianista.

- Período occidental

La cultura marianista hizo muy pronto el esfuerzo de cruzar fronteras. Para ello sale de Francia. Llega pronto a Suiza, Alemania, Austria, Bélgica e Italia y por supuesto a USA y España. Durante esta expansión recibió, sobre todo, dos grandes influencias: la norteamericana y la española.

- Período global ⁴

La Iglesia de la segunda parte del s. XX va tomando conciencia de ser una realidad global; la Familia marianista también. Por eso, desde hace varias décadas está incorporando rostros latinoamericanos, africanos y asiáticos y viviendo las exigencias de la enculturación⁵, la aculturación y la inculturación. Por haber llegado a este nivel aparece cada vez con más fuerza la exigencia de un pluralismo cultural marianista y como más necesaria la precisión sobre los elementos que constituyen la cultura marianista.

- Hacia el sur y hacia el este: lo previsible

Actualmente está emergiendo una Familia marianista del Sur y del Este. El centro de gravedad de la misma se desplaza lentamente en esa dirección. Así ocurre en la Iglesia. La población católica se ha desplazado también en esa dirección. En esos lugares en el año 2000 estaban ya el 70% de los católicos (⁶). El desafío nuestro es volcar la vida marianista en esas culturas ancestrales llenas de sabiduría y de variedad y en las iglesias jóvenes llenas de dinamismo y de fraternidad. La necesaria comunión se hará no desde la uniformidad sino desde la diversidad complementaria. No habrá cultura marianista universal sin el aporte de estas culturas particulares consistentes y abiertas. Desde ellas se parte para alcanzar el verdadero universal marianista.

b. Historia

La cultura marianista es hija de los siglos XVIII y XIX y se ha desarrollado en el XX. Si hay que saber de Francia para entender algunos de sus elementos se precisa también recordar la historia de los últimos 250 años de la humanidad para explicarse sus particularidades. Vamos a evocar, al menos sucintamente, algunas de ellas. Pero antes es bueno recordar que en los orígenes de la vida marianista se da un proceso de aculturación. Los marianistas franceses al pertenecer a esa misma cultura asimilan las expresiones carismáticas del Fundador de una forma muy natural, sobre todo en los años en que podían verle, escucharle y dialogar, Pero también con un riesgo; tenderán a confundir el carisma marianista con el carisma del P. Chaminade.

-Han sido fuertes los cambios culturales en los que se ha visto involucrada la cultura marianista.

Indirectamente la cultura marianista se ha visto envuelta en los cuatro grandes cambios culturales del período moderno. Me limito a enumerarlos:

- S. XVII-XVIII: crisis y aportes de las ciencias físicas: Galileo y Kepler
- S. XVIII-XIX: crisis de las ciencias biológicas: Darwin

⁴ Rahner, K. Towards a Fundamental Theological Interpretation of Vatican II, Theological Studies, vol. 1979, núm. 4, pág. 716-727

⁵ Enculturación, término antropológico y corresponde al proceso por el que un individuo se inserta en su propia cultura.

Aculturación, término antropológico y corresponde al proceso por el que un individuo se inserta en una cultura que no es la suya.

Inculturación: término antropológico y teológico que expresa el proceso por el que el mensaje evangélico u otro mensaje es recibido por un pueblo de tal forma que es comprendido, asimilado y vivido.

⁶ Bühlmann, La tercera Iglesia está a las puertas, Sígueme, Salamanca, 1979

-S. XIX-XX: Crisis de las ciencias humanas y sociales: en cuyo origen están los grandes filósofos, maestros de la sospecha; con ella a Dios se le convierte en una mera proyección de intereses económicos o psicológicos no resueltos.

-Actualmente: lo más característico de esta realidad es la cultura digital y el desafío o la “amenaza”, ya que está a las puertas, de la cultura biogenética. Por todo ello el pluralismo y el relativismo son fuertes indicadores o expresiones de esta cultura. En este contexto el creyente tiene delante de sí tres propuestas: la creencia, la indiferencia o la intolerancia⁷. La creencia sería para minorías.

No vamos a desarrollar estos puntos pero bien podemos afirmar que han constituido el marco de referencia de la cultura marianista.

3. Situación frente a los grandes mundos culturales

Esta cultura marianista ha tenido que situarse, también, de una manera original frente a los diversos mundos socioculturales que le han rodeado: el mundo del liberalismo, del colectivismo, del neoliberalismo y de la globalización. Ha debido superar, por una parte, el duro liberalismo de una manera realista y por otra, el totalitarismo que avasalla, nivela y masifica. Se ha visto así envuelta en la generación y desarrollo de una nueva forma de gozar y de sufrir, de crecer y de compartir, de nacer y de morir. La cultura marianista ha sido sensible al hecho de ofrecer al hombre relaciones que le construyen y le liberan; a una rica comunicación que le da consistencia y le ayuda a madurar. *Así se ha ido configurando un nuevo modelo de persona en una nueva cultura* (⁸). Han cambiado los comportamientos intelectuales y afectivos y de una u otra manera se ha afirmado la realidad de la persona como relación que se desarrolla por medio del diálogo, el servicio, la generosidad, la trascendencia y la acción solidaria.

Esta cultura marianista la podemos calificar como una cultura *occidental, moderna, de origen francés, cristiana e inclusiva*. De una manera más precisa la caracterizamos como una cultura muy relacionada con la educación y que enfatiza el valor del servicio, la solidaridad, la comunidad y la familia; es espontáneamente abierta y acogedora; marcada por la presencia y la acción de María que nos lleva y nos centra en Cristo.

En este apartado es importante evocar, de una manera un poco caricaturizada, parte de la historia de las relaciones carisma marianista y cultura. *Esta relación ha marcado la cultura marianista y la ha hecho crecer y buscar identidad. Le ha hecho bien también al carisma ya que se ha convertido en un proceso o camino de humanidad y de espiritualidad. Estamos ante una historia de encuentro y desencuentro entre vida marianista y cultura que merece la pena evocar.*

⁷ “La indiferencia no constituye, como pensábamos en otros tiempos, una situación intermedia entre el creyente y el ateo, sino la forma más radical de alejamiento de Dios. El ha dejado de ser problema: ni ocupa ni preocupa.” (J. Martín Velasco, La misión evangelizadora hoy, Ed. Idatz, San Sebastián, 2002, p. 66)

⁸ Este nuevo proyecto todavía no toma forma política, ni socioeconómica; a penas si se intuye como un apoyo a ciertas intuiciones que apoyan valores universales y sobre todo el de la solidaridad; la cultura marianista. se encontraría cómoda y como en casa afirmando proyectos sociopolíticos que vayan en esta dirección.

El carisma marianista nace *de* una cultura. Por supuesto que en él no falta inspiración evangélica. Pero fue la realidad eclesial y cultural de la Francia de comienzos del s. XIX y del tiempo de la posrevolución la que hizo brotar esta carisma y lo modeló; la que motivó que naciera una forma de vida eclesial nueva en la Iglesia y que la Iglesia la aprobara. Marcó sus expresiones y sus acentos tanto en el tiempo fundacional como en el inmediatamente posterior. Este acento ha perdurado por muchos años. Nuestro carisma viene y está marcado por la cultura francesa.

Durante un tiempo no se tuvo conciencia clara de la mutua implicación de estas dos realidades. Ambas estuvieron distantes. Más aún, se dio una cierta ruptura entre carisma marianista y cultura. En la práctica el carisma prescinde del contexto cultural y la cultura prescinde del carisma marianista. Se vive *sin* cultura o al menos sin sensibilidad cultural. Este carisma había nacido en un concreto contexto cultural, el propio del siglo XVIII y XIX francés. Pero poco a poco se distanció de la realidad cultural; se encerró en sí mismo; en lo eclesiástico. De esa forma nos vimos privados de un lenguaje significativo para compartir nuestro carisma y de la profundidad que la fe adquiere cuando se encarna en la realidad humana. Con todo, hay algo que perdura.

Así llegamos a otra situación. En ella la cultura *se distanció del carisma*. Así la cultura que envolvía y protegía a los marianistas perdió el *elan* vital y espiritual que le da un carisma cristiano. El carisma a su vez prescinde de la cultura; creía no necesitarla. Se continúa y se acentúa así el divorcio entre carisma y cultura. El creyente marianista se aleja de la cultura y la cultura se aleja del creyente. De este modo pierden los dos. Así llegamos al Concilio Vaticano II. En la sesión inaugural Juan XXIII evoca este divorcio. Fruto de este gran evento eclesial el creyente debe volver a respirar con los dos pulmones: el de su fe y el de la realidad sociocultural y humana en la que está metido.

En el período postconciliar se enfatiza el esfuerzo por inculturar de nuevo el carisma marianista y en hacer una cultura marianista. Carisma y cultura van juntos. Estas terminologías, casi nuevas, se comienzan a usar mucho. Al interior de los marianistas religiosos se experimentó la necesidad de inculturar el carisma. Los marianistas religiosos se dan este desafío, como ya se ha indicado, en el Capítulo General de San Antonio en el año 1971 y se concretiza, en parte, en el Capítulo general de Linz de 1981 con la elaboración de la nueva Regla de vida. Este encuentro de vida marianista y realidad cultural actual fue acertado; sobre todo a nivel de motivaciones y de actitudes. Se desarrolló poco a nivel de las mediaciones personales y comunitarias para poder asimilar bien esa propuesta. En los días del Capítulo costaba ponerse de acuerdo sobre las concreciones que la rica espiritualidad y propuesta pastoral nos pedían. Fue en el Capítulo General de Dayton, 1991, que se hacen las propuestas más concretas para una fecunda interacción entre la cultura actual y la vida marianista.

El carisma marianista se difunde y se extiende, como hemos dicho, a distintas realidades culturales desde muy pronto. Pero en una envoltura de cultura uniforme que dura por un tiempo. Sólo desde hace unas pocas décadas se comienza a hablar de la encarnación del carisma en las diferentes culturas ambientales y de la necesidad de implantar, no de transplantar, vida marianista en lugares nuevos. Esto ha llegado a ser, poco a poco, una de las preocupaciones fundamentales de los marianistas. Así se fue viendo necesario ir ganando, también, en conciencia de cómo nos mueve y marca el dinamismo de la cultura

global mundial. La cultura marianista se da el empeño de *ser global y los marianistas de ser interculturales*.

Es mucho lo que se ha hecho para *inculturar la vida marianista*; no sólo se querían marianistas africanos sino africanos marianistas. Pero para lograr esta meta se ha visto que era indispensable tener claridad sobre la cultura marianista o, mejor dicho, sobre la vida marianista convertida en cultura. *El africano marianista precisa la cultura marianista para seguir siendo africano y de la cultura africana para seguir siendo marianista en ese lugar*.

En esta cultura, como ya hemos indicado, la inclusión de los marianistas laicos ensanchó el panorama. Con ellos la diversificación y pluralidad aumentó. Por ellos llega una mayor riqueza y un desafío más: buscar los rasgos de identidad que nos unen y nos diferencian a religiosos y laicos en la misma comunión carismática espiritual. Este ha sido, y es, un paso en su historia: Recoger las típicas expresiones de la misma cultura que vienen de los laicos. Esta concepción además de poseer un nuevo componente sociocultural conlleva una compleja reflexión de orden eclesial y canónico. Para seguir adelante en esta reflexión nos ayudará mucho el identificar bien el componente sociocultural. *En todo este proceso hemos ido viendo cada vez con más claridad la necesidad de reflexionar sobre la cultura marianista. Se dialoga mal con alguien cuando uno mismo no sabe bien quién es. Solo cuando la cultura marianista es nuestra cultura se llega a describir bien y se convierte en la cultura matriz podremos interaccionar debidamente con la cultura ambiente*.

La necesidad de este encuentro entre cultura y vida marianista se ha reforzado al tomar conciencia de que en la formación marianista no basta con tener formadores que sean muy marianistas. Se precisa también que el medio, el ambiente y el contexto concreto de la misma, es decir, su cultura también lo sean. *La vida marianista se identifica, formula, asimila y presenta o transmite en una cultura y como una cultura*. Los elementos típicos de una cultura sirven para enriquecer la presentación y la transmisión de una realidad concreta y espiritual, intelectual y vivencial como es una cultura. Así se encuentran la vida marianista y la cultura y ésta se expresa a través de las concepciones y valores que tiene, los símbolos y los ritos que ha creado, los comportamientos y modelos de vida que la encarnan...⁹). La cultura marianista es fuente de visión, de motivación, de dirección y un método formativo. Lo mismo ha ocurrido en el campo educativo. Desde esta realidad también se pide claridad en la cultura marianista. Los educadores de un colegio marianista la necesitan. Solo transmitirán lo que conocen y viven.

¿Cuál será el próximo paso? ¿A qué apuntaremos? *Algunos grupos consistentes en la sociedad y en la Iglesia tienen, como ya hemos indicado, una cultura “fuerte” y definida; original y detallada*. De ella toman los elementos que les dan forma y estilo, manera de ser y de presentarse, de conseguir fecundidad y por supuesto calidad para lo que hacen y dicen. Una cultura fuerte unifica las creencias y los valores, pone de relieve las alternativas y establece un claro contraste con los valores del contexto sociocultural y del entorno. Se tiene la impresión que es una cultura monolítica y que da importancia a los detalles y las expresiones sin descuidar las grandes opciones.

⁹ Cultura es el conjunto de sentidos y significados, de valores y de modelos incorporados y subyacentes a los fenómenos que nos suceden o que nos rodean; todos estos elementos perceptibles en la acción y en la comunicación de un grupo humano concreto o de una persona (M. Acevedo).

Vamos a hablar un poco más del tema. Uno de los estudios más interesantes que se han hecho en los últimos años tiene que ver con la aplicación de los métodos económicos y administrativos a las instituciones religiosas. Se ha intuido que hay una influencia real de la cultura organizacional en la vitalidad y en el modo de proceder de las instituciones religiosas. En toda institución hay una cultura ambiental y otra interna. Esta está en una cultura y de ella recibe influencia. Tiene una cultura que le mueve y le crea un clima, un ambiente y una estructura.

De las dos depende la vitalidad de los grupos. Prestar atención a las dos dimensiones puede dar luz sobre el dinamismo de los diferentes grupos religiosos. Hay un hecho que nos confirma esta doble cara de la situación de una institución religiosa. Si echamos una mirada a la realidad es fácil constatar que en el momento actual no todos sus problemas vienen del ambiente de secularización que nos rodea. *Con el mismo contexto hay algunas instituciones que crecen y se desarrollan y hay otras que decrecen, pierden vitalidad y llegan a morir.* La secularización afecta a todas las instituciones; pero de distinta manera. ¿De qué depende esta diferencia? ¿De la subcultura que ellas tienen? Puede ser.

No hay duda que una cultura fuerte facilita la conducción y el acierto de un grupo. Es normal que así sea ya que supone un alto nivel en el compartir el sentido, la aceptación básica de una bastante fuerte estructura formativa, un asentimiento claro de determinados valores y actitudes y una concordancia grande en relación con lo organizacional y el entorno en el que se sitúa. Por lo mismo, se enfatiza la lealtad al grupo, el intenso adoctrinamiento, el fuerte sentido de pertenencia, la mucha insistencia en la reserva y el secreto, el aislamiento, a veces hasta físico, de otros grupos y el uso de un código bipolar en la relación con las personas y los grupos: el del odio o el amor. Los que están envueltos en esta cultura disfrutan con su trabajo y tratan de lograr un alto nivel de exigencia. La cultura fuerte disminuye o anula la creatividad. Reduce la flexibilidad. Aumenta la rigidez que puede producir una cohesión mayor en el grupo. Medios importantes para llegar a esta cultura fuerte serían un liderazgo carismático, un profundo consenso entre los miembros, la gran estabilidad en los principios y la regularidad en los comportamientos.

La cultura fuerte busca visibilidad. Quiere una notoriedad que puede pasar a través del vestido, de las instituciones, del lenguaje, de los modos de relacionarse, de situarse frente a la cultura ambiente. Como es lógico, la cultura débil está marcada por los aspectos opuestos. En ella se da una falta significativa de valores y de creencias, una fácil fragmentación, una inconsistencia ética y por tanto, una gran cantidad de problemas morales. Resumiendo todo, bien podemos decir que *los rasgos propios de una cultura fuerte lo constituye un conjunto unificado de creencias y valores y un pensamiento muy exclusivo e incluso excluyente, un profundo contraste con lo que serían las alternativas del mercado y un claro contraste con los valores del entorno.* Un grupo que tiene una cultura fuerte puede ser intensamente contracultural. Tiene amigos y tiene enemigos. Algunos movimientos eclesiales actuales o algunas nuevas formas de vida consagrada tienen en su haber todos los elementos de una cultura fuerte. Pero no siempre van acompañados de un alto nivel de vitalidad. En el tiempo fundacional de cualquier institución religiosa estos elementos están más presentes que en las épocas ya lejanas de ese momento.

En todo grupo hay una cultura dominante. La que predomina y a veces se impone a la diversidad local. Busca la estabilidad y la continuidad, en una palabra domina sobre las minoridades culturales. Le resulta difícil aceptar el pluralismo, el debido espacio para la

libertad personal. Esta cultura fuerte es de un amplio espectro si el grupo sin querer queriendo optó por una cultura fuerte.

Por supuesto que al analizar las culturas fuertes presentes en determinados grupos lo más importante es prestar atención a los valores que se enfatizan. Algunas reformas vividas en la vida consagrada han impuesto una cultura fuerte basada en auténticos valores que se habían perdido. Bien podemos decir que los valores auténticos dan estabilidad y flexibilidad y pueden llegar a justificar una cultura fuerte. La buena elección de dichos valores es decisiva y determinante.

Para algunos el futuro de la vida marianista depende de su capacidad de ruptura con el sistema. Otro mundo es posible. Para ello la vida marianista tiene que salirse de un sistema y entrar en otro de propia creación. Ese salir y ese entrar marcarán el proceso de revitalización de la vida marianista. Salir es dejar; entrar supone aceptar que lo decisivo en la vida no es lo que hacemos y cómo nos organizamos sino lo que somos. Se trata de vivir de una manera radical y sin concesiones la ruptura con el sistema de valores que determinan la forma de vivir en una sociedad y en una cultura determinada. Sólo así se ofrece una alternativa al sistema imperante. Para resolver el problema como corresponde hay que ir a la raíz. Tarea importante es abrir la ventana por la que puede entrar aire fresco.

Al hacer este breve recorrido de proceso y de etapas a todo marianista le vienen espontáneamente las ganas de confiar en la presencia continua del Espíritu en la “tradicción” de la Familia marianista. El carisma fue concedido al Fundador y compartido por muchos en estos doscientos años de historia y esta amplia geografía que comprende unos cuarenta países. *Cada uno de los integrantes de esta Familia somos como reflejos de un espejo que se van aclarando a medida que más se vive la vida marianista.* El carisma del Fundador se clarificará siempre que generaciones sucesivas lo inculturen en contextos nuevos; siempre que se transforme en respuesta creativa a las situaciones culturales que se le plantean en el presente. Estas han supuesto en esta historia marianista apertura al cambio, a lo que es diferente y no se ha intentado, voluntad de asumir riesgos y coraje para caminar con lo desconocido y lo incierto.

A la base de todo este caminar histórico y geográfico no puede faltar *un hilo conductor que bien lo podemos llamar identidad.* Sin embargo, no es el de una identidad acabada que no tiene nada que recibir de los otros sino una identidad abierta a los demás. Esa identidad constante se centra en lo fundamental y se reduce a los elementos centrales que han durado y que son espíritu y vida y se hallan estampados en los documentos fundacionales o en los documentos constitutivos de la Familia marianista. En el fondo, son la semilla que necesita terrenos fértiles donde poder florecer en muchos y diversos lugares y tiempos. Todo este esfuerzo de encarnación del carisma marianista y todo su empeño por hacerse cultura diversa y plural asegura la vitalidad de la Familia marianista.

4. Dinámica de la inculturación marianista

El diálogo entre cultura y carisma, como acabamos de ver en la corta historia marianista, nunca ha tenido lugar en el vacío. Como el evangelio, un carisma no se presenta como una abstracción. Llega a los miembros de las Familias espirituales vestido de persona o de personas que son las que lo encarnan y transmiten.

Las culturas *son dinámicas*. Se están desarrollando constantemente. Los antropólogos nos hablan de modelos de culturas premodernos, modernos, postmodernos y paramodernos. Entrar en el mundo de la cultura es entrar en una realidad muy evolutiva. Los procesos de inculturación no deberían considerarse como un retorno al pasado o identificarse con unos elementos folclóricos o artísticos. La cultura es lo que es. Uno de los desafíos que la Familia marianista tiene por delante es el de describir este dinamismo de la cultura marianista.

Este dinamismo *supone un discernimiento crítico*; crítico tiene que ser tanto el del carisma como el de la cultura. Los elementos esenciales del carisma se deben distinguir de sus expresiones culturales de la época de los Fundadores o de las sucesivas generaciones. Las expresiones culturales son relativas y tienen que cambiar con el tiempo. No conviene sacralizarlas ni absolutizarlas. Lograr separar los elementos esenciales del carisma de las acreencias culturales de sus años de historia es una empresa necesaria pero muy difícil. Debe darse una inculturación vertical, que tendrá en cuenta las diferencias temporales, y otra horizontal, que prestará atención a las diferencias físicas y geográficas. Toda cultura está contaminada de pecado que deja huellas de deshumanización. Por tanto, no existe cultura perfecta. Las normas para el buen discernimiento las encontramos en el Evangelio y en el carisma.

Exigencia de este dinamismo es, también, la transformación de los valores culturales auténticos mediante su encuentro con el carisma marianista y por otra parte la inserción del mismo en las diversas culturas humanas. Así se llega a *un verdadero intercambio mutuo*. Esto implica reciprocidad sin la cual la inculturación queda empobrecida por una parte o por otra. La asimilación mutua entre nuestros valores carismáticos y los valores culturales acaba en una unidad armoniosa que enriquece tanto el carisma como la cultura.

Damos un paso más. El dinamismo mutuo carisma y cultura lleva a *la expresión creativa*. Las nuevas situaciones culturales y las nuevas penetraciones en el carisma fundacional traen una verdadera revitalización de la vida marianista. La estimulación continua desde la cultura y una relectura del carisma revelará continuamente la novedad y el dinamismo inherentes al carisma y esto le puede mantener *“siempre antiguo y siempre nuevo”*. Hace mucho bien una imaginación audaz para traducir estas nuevas penetraciones en expresiones concretas, en términos de nuevos estilos de vida, estructuras, obras apostólicas, teologías, formas de vida comunitaria, espiritualidad, gobierno que por una parte broten espontáneamente del carisma y por otra encajen bien en la cultura. Cuando eso ocurre se genera cultura marianista.

La inculturación genuina de un carisma lleva a *una transformación* tanto de la vida marianista como de la cultura. El carisma es reinterpretado y reexpresado y la cultura se purifica y se enriquece. Cuando eso ocurre podemos concluir que el carisma encuentra un hogar en la cultura y la cultura se siente en casa con el carisma. La cultura se apropia del carisma y el carisma queda enraizado más profundamente en la cultura. Esta transformación puede llegar a una nueva forma de ser, una nueva identidad que junta dimensión carismática y cultural. Es una auténtica experiencia de conversión y de misterio pascual por el que ellos “mueren” y “nacen”.

Cuando se realiza bien el proceso la vida marianista se convierte en “un nuevo modelo cultural”, en una “propuesta cultural innovadora” y una alternativa cultural concreta (VC 80). Hay originalidad en él.

Para describir su originalidad es importante que la cultura marianista se mire en el espejo de los diferentes paradigmas culturales de estos dos últimos siglos, de Francia y de los países donde está más presente. Estos distintos paradigmas han ignorado la realidad marianista; ésta no les ha ignorado a ellos. Más aún, de ellos ha recibido mucha inspiración.

Este trabajo nos permite hacer la lista de los valores que el paradigma marianista, modo orgánico de vivir y de pensar, ha ido acumulando al ponerse en contacto los diferentes momentos o períodos culturales de su historia. Posibilita la toma de conciencia de la dificultad que se ha tenido para seleccionar y asimilar los verdaderos valores.

Cuando se echa la vista atrás se da uno cuenta que la cultura marianista a ratos se ha confundido, ha funcionado con lo que ahora se suele llamar “pensamiento débil”; a ratos ha atinado y desempeñado una tarea y función terapéutica; ha puesto orden dentro del desorden, creación en medio del caos y horizonte en medio de la desorientación. Siempre aparece claro que esta cultura marianista forma parte de la historia del pensar y del sentir, de actuar y del desarrollo educativo del siglo XIX y XX. Más aún, en parte ha estado determinada por esta historia. Las concepciones antropológicas que se han ido sucediendo han marcado el pequeño hecho cultural marianista; más aún, están en la base del mismo.

En estos dos siglos los paradigmas culturales han recibido nombres diversos. Vamos a enumerar algunos. Y lo vamos a hacer con terminología cercana y sencilla. No hay duda que en nuestros días estamos en una sociedad y cultura de “movimiento”. Hemos pasado por otra en la que la “relación” de la persona humana la hace ser lo que es; para ser persona humana tiene que ejercitarse en las diversas relaciones; todo el movimiento del personalismo lo motivó. Hemos pasado por los días en los que la “libertad” y los totalitarismos se han hecho absolutos. La cultura y la “inculturación” fueron realidades de siempre pero de las que en un momento determinado se tomó especial conciencia. Peso ha tenido en esta historia la fuerza de la “feminidad”. La “belleza” que evoca y provoca el misterio de Dios ha ganado mucho espacio. Por influencia del tiempo todo se hace narrativo; el lenguaje narrativo se convierte en expresión de la realidad de las personas y de los acontecimientos; la teología se hace narrativa y las personas se transforman en algo o alguien para narrar. Llega la globalidad que pondrá de relieve el “inter”, la conexión y la inclusión en todo. La debilidad se agudiza y en parte por el peso que toma el debilitamiento en la realidad humana.

No hay duda que con el pasar del tiempo, de las ideas y propuestas la cultura marianista se ha ido convirtiendo en algo consistente; en algo vivo que por tanto crece y se multiplica y toma formas diversas. Se ha hecho más concreta. Ha permanecido cambiando y ha cambiado permaneciendo. Ha aprendido a no repetir errores por exceso o por defecto, y a armar su propio paradigma cultural,

Para reflexionar y compartir

Hay peligro y hay salvación, una experiencia de cultura moderna

“Quiero centrar esta reflexión en la descripción de mi experiencia de relación con la cultura actual. Contaré algo de lo que consciente o inconscientemente he sentido y pensado y diré cuáles han sido mis reacciones. Es una experiencia personal pero vivida en un grupo y, podría decir, con un grupo, mi comunidad marianista. Para mí esta relación con la cultura moderna ha sido significativa, más aún, decisiva, pero no resulta fácil encontrar las palabras para compartirla. Quizás porque todavía estoy envuelto en ella y no cuento con la distancia de tiempo y de espacio para saber lo que me ha pasado y ser objetivo al expresarlo y sobre todo al ponderarlo. Desde el punto de partida tengo que afirmar que ha marcado las condiciones de mi vida en los últimos años, mi modo de ser y de proceder, los hábitos de mi corazón y de mi mente y mi diario vivir. Por ello, recoger esta experiencia es identificar dificultades y problemas, señalar posibilidades y desafíos y evocar una crisis.

En el punto de partida de esta comunicación haré un par de afirmaciones generales.

* Nadie puede aculturarse, como ya hemos indicado, sin haber asimilado una *cultura* de base o primera cultura: la cultura de la que se parte; en la que se nace y en la que se padece. En ella –más o menos- se echaron las raíces primeras, con ella se dieron los primeros pasos y por ella se comenzó a crecer. La podríamos llamar la cultura madre o la cultura-seno; la cultura radical o la cultura permanente. En el punto de partida de mi experiencia se dio una cultura familiar de meseta castellana y de país vasco y de la España de los años 40 a 60. Por supuesto es una cultura sencilla, austera, religiosa, pero al mismo tiempo inquieta social y políticamente. Con esa cultura llegué a una Congregación marianista y a Chile y Argentina. Esa cultura permaneció cuando estuve en Suiza y aflora a cada paso en este tiempo de experiencia de cultura global o internacional que vivo en Roma. Desde esa cultura he vivido el encuentro con las siguientes culturas:

- la cultura marianista,
- la cultura latinoamericana: chilena y argentina,
- la cultura moderna en Suiza y en Europa,
- la cultura internacional o global.

* Estos encuentros han sido para mí aprendizajes y enriquecimientos sucesivos. En ellos ha habido nacimientos y muertes y sin ninguna duda verdaderas transformaciones; con ellos he sufrido y he gozado; por ellos he sido rechazado y aplaudido; en ellos he descubierto que hay un nuevo modo de ser hombre y mujer en el siglo veinte; el modo de ser que llamamos “ciudadano del universo” y que tiene “alas” y velocidad y al que no le pueden faltar las raíces y el sosiego. Es el modo en el que creen los que viven la relación con las diferentes culturas – que el diario vivir o las circunstancias de su historia les deparan – como un encuentro y un proceso creador y liberador. Para vivir esta experiencia no es preciso moverse constantemente ni estar todos los días en el avión; realizamos estos encuentros culturales sin salir de nuestro país ni dejar nuestro trabajo; nos los depara un matrimonio entre personas de diferente nacionalidad o de

diferente nivel de estudio, una entrada en el noviciado de una Congregación o la participación en un encuentro internacional, un nuevo trabajo con jóvenes o una pastoral con emigrantes... Este nuevo modo de ser y de proceder con el que deja una inculturación bien hecha, como señalaba antes, me ha convencido de que no se debe renunciar a las raíces, pero que hay que aceptar que los árboles, al menos algunos, pueden crecer en tierras diversas y en tierra extraña a aquella en la que nacieron. Podemos ser trasplantados.

* Una última observación. Quiero recordar que la realidad actual de cada uno de nosotros es transnacional y multicultural. Vivimos casi todo desde una perspectiva global y al mismo tiempo en una realidad cultural local; todos estamos invitados a pensar globalmente y actuar localmente. Esta llamada la sentí con fuerza desde que llegué a Chile, es decir, cuando salí de mi primer y normal medio cultural; y, mejor aún, desde el largo viaje Barcelona-Buenos Aires- Santiago en un barco italiano, lleno de judíos que regresaban a Argentina después de ver realizado su servicio militar en Israel y que todas las tardes cantaban mirando a Jerusalén: “Errante soy y peregrino como un extraño por doquier...”. Aprendí ya entonces que no conviene hablar de la cultura sino de las culturas. Pero a la base de las diversas experiencias de inculturación que vinieron después, quiero poner una constatación a la que llegué sólo hace unos pocos años y que considero una gracia y un fruto de un proceso de maduración personal: lo más profundamente humano es común e idéntico a los hombres y las mujeres, a los de Asia y a los de África, a los jóvenes y a los adultos, en una palabra, a las diferentes culturas. Considero importante que una persona llegue a hacer esta valiosa experiencia. Quienes la viven se dan cuenta que cuanto más encarnadas están son también más universales, porque las personas se encuentran en lo más nuclear y auténtico que es lo más universal y sencillo. Quienes se quedan en lo superficial y complicado no ven más que diferencias y a veces contradicciones y no llegan a los verdaderos encuentros interpersonales no saben vivir “entre los otros”. Estas personas originan innecesarios e irreales desencuentros culturales.

De estas diversas inculturaciones vividas sólo me voy a referir a la relacionada con la cultura moderna; esta cultura me ha marcado. No soy capaz de decir si he procedido bien o mal en ese proceso de inculturación en ella. Sí puedo afirmar que he intentado situarme lo mejor posible en ella desde lo que soy. He querido dar este paso; siempre creí, por decirlo de un modo muy sencillo, que se podía ser cristiano y moderno, ser religioso y moderno, es decir, respirar el aire que sopla en el medio ambiente y con unos pulmones religiosos y marianistas, y que éstos resultarían favorecidos.

Y vayamos ya a la cultura moderna. Mis primeras experiencias, instituciones y nociones de cultura moderna comenzaron en la Universidad de Madrid con la presencia del gran maestro J.L. López Aranguren. Este contacto se enriqueció en Chile en un curso de Extensión Cultural que dio la Universidad de Chile en Linares, y se consolidó cuando llegué a Suiza en 1965. En esos días experimenté en mi propia piel lo que significaba la cultura moderna; comencé a respirarla. No entro en las precisiones de la transformación social, política, económica, artística y espiritual que suponía esta expresión: “cultura moderna”. En la descripción de esta experiencia ha estado presente una manera de entender esta cultura que no me detendré en explicitar. Me limitaré a contar el proceso personal de mi inculturación en la cultura moderna y hacer algunos sencillos comentarios sobre el mismo. Ese proceso ha tenido para mí, tres períodos:

1. El tiempo en que creí que todo en la cultura ambiental era bueno

La cultura moderna me empezó a llegar en determinadas películas y novelas, en cursos sobre la libertad, la técnica o la secularización; para mí, en un primer momento, su propuesta era Evangelio puro. La forma de relacionarse con uno mismo, con los demás, con la naturaleza o con Dios, que proponía, era la adecuada al momento; el lenguaje y la forma de comunicarse que sugería, me gustaba. La novedad que traía en relación con la cultura “tradicional” era notoria. Esta novedad suponía una ruptura y había que hacerla. Pedía un paso fuerte, como de la noche al día.

Todos mis primeros contactos con la cultura moderna me llenaron de admiración y de reconocimiento hacia ella. Lo poco que de ella iba conociendo lo encontraba bueno; y por supuesto diferente y mejor que la cultura que había encontrado encarnada en mi familia, en algunos religiosos marianistas en los años de formación, en España o en Chile, en algunos pensadores encerrados entre cuatro paredes... y que podríamos llamar “tradicionales”. Me ofrecía unos criterios de vida que me gustaban y una forma de vida interesante.

En 1965, con los primeros aires del Concilio y de Centro Europa, comencé a sentir que era necesario entender bien y asimilar lo que había detrás de esa expresión “cultura moderna”. Veía que la Iglesia en el Vaticano II se había reconciliado con ella y de ese modo ayudado a que la cultura moderna se reconciliase con la Iglesia. Eso es lo que encontré en los Documentos del Concilio cuando comencé a leerlos y sobre todo la *Gaudium et Spes*. Disfruté con ella; llegó a mis manos el texto francés original y al terminar de recorrerlo con mucha atención respiré hondo y tranquilo. Me dije a mí, y supe que otros dijeron y escribieron lo mismo: la iglesia entiende y quiere al hombre de nuestros días; tiene sensibilidad para comprender su condición; la Iglesia tiene futuro.

Reconozco que llegó a ser excesiva la devoción que sentía hacia esta cultura y ello sin saber bien, aunque lo preguntaba, en qué consistía. Hice de ella la medida de mi pensamiento y sentimiento, de mi oración y de mi futura misión. De ella partí para pedir a los Superiores que me dejaran hacer el doctorado en antropología. Se dio en mí una cierta conversión a ese entorno cultural y de hecho me identifiqué con su modo de proceder. Esta fuerte influencia la he solido expresar con una historia popular. La cultura moderna era, en cierto modo, la medida de todo y todo tenía que dar esta medida. Procedía, como mi Vida Religiosa, como nos cuentan que lo hacía el tirano de Ática, Procusto, con quienes llegaban a alojarse en su casa. A todos les ofrecía la misma cama. Cuando sus huéspedes estaban acostados, si eran más largos que esa cama les cortaba por la cabeza o por los pies. Si eran demasiado cortos, los alargaba estirándolos hasta que llegaban a alcanzar la medida de la cama. En ambos casos, el resultado final era el mismo: la muerte.

En los días en que me acercaba a la ordenación sacerdotal –julio de 1969 – me movía por los valores de esta cultura; comencé a asumir espontáneamente las realizaciones culturales de la misma y lo asumía como un todo. En el fondo se convirtió en mi “evangelio” y en mi Regla de Vida. La meta era estar inculturado en esta cultura. Así, poco a poco, mi proyecto de vida marianista se comenzó a montar a la medida de la vida moderna y con frecuencia pensaba en otra Vida Religiosa distinta de la que me presentaba la Regla de Vida, en aquellos días de renovación.

2. Llegó un segundo momento. el momento de las diferencias y de las distancias con respecto a la cultura moderna.

Después de un tiempo de noviazgo con esa cultura moderna comencé a sentirme incómodo con ella y a pensar que lo que me proponía no era para mí; que el precio que me hacía pagar por los valores que ofrecía era demasiado alto; que había que sospechar de sus propuestas; que se iba creando una contradicción interna fuerte¹⁰ que poco a poco comencé a formular y que se convirtió en el elemento central de mis cuestionamientos. No lograba o no estaba preparado para responder a las exigencias de una responsabilidad personal, cuando de obediencia se trataba, o no sabía funcionar bien ante la oferta de una abundancia de medios para lograr los objetivos cuando se refería a la pobreza; me dejaba con más preguntas que respuestas y con más incertidumbres que convicciones.

Esta experiencia cuestionadora fue dura pero interesante para mí y lo ha sido para bastantes personas con las que he podido compartir la suya; *fue purificadora*. En mi historia se coloca en torno a los años 75-85. Correspondió al momento del shock cultural que se produce en todo encuentro intercultural. Por una parte, veía que este proceso era exigente y difícil pero posible. Además no era conveniente vivir de espaldas o contra la cultura en la que uno está inmerso¹¹. Había que buscar audacia y lucidez y seguir el camino emprendido pero con distinto ritmo. Veía que los que por él avanzaban pasaban por el sufrimiento y la cruz. Llegué a intuir que se necesitaba que naciera una nueva actitud, fruto de un claro discernimiento cultural y reforzada por una espiritualidad vigorosa. Sabía que las inculturaciones no se hacen ni en oficinas ni en laboratorios ni en horas precisas. Se necesitaba tiempo; se llevan a cabo en la vida y desde la vida. El diario vivir es el taller y el hogar de la auténtica inculturación¹². No puede ser planificada demasiado sistemáticamente, pero no puede faltar una atenta

¹⁰ Estas son algunas de las manifestaciones de esta contradicción experimentada:

- ❖ Buscaba movido por esta cultura, la autenticidad y ello con esfuerzo y con la ayuda de la gracia pero al mismo tiempo veía que me dispersaba y a veces me alienaba. Me ofrecía seguridad y apenas me permitía alcanzar lo efímero.
- ❖ Buscaba la libertad y la liberación personal y social pero consciente o inconscientemente me dejaba domesticar o esclavizar con pequeñas o grandes cosas.
- ❖ Buscaba el contacto con los demás y trabajar más en equipo pero, al mismo tiempo, me sentía muy solo e influenciado por un individualismo fuerte que me aislaba y atomizaba.
- ❖ Buscaba tener las cosas para usar, gozar y disfrutar de ellas como me insinuaba esta cultura pero, al mismo tiempo, experimentaba una insatisfacción interior grande.
- ❖ Buscaba ser más eficaz y poner mucha energía en lo que es útil y sirve, pero tenía la impresión de ser menos humano y ello, en buena parte, porque eran demasiados los absolutos que relativizaba y me privaba del misterio y de su fascinación. Se multiplicaba la tecnología que a ratos me entretenía y me dejaba fijado en los medios, y así de una u otra forma perdía horizonte y profundidad.

Buscaba vivir la veta mística que hay en cada uno de nosotros y que nos lleva a ver al Señor en todo y vivir de esa experiencia pero terminaba en la ilusión y en el olvido del Señor.

¹¹ He podido ver que algunas personas tanto de los marianistas como de la Iglesia se quedaron en esta etapa, en la de la ruptura y en ella están aún hoy día. Gastan su energía en vivir “contra” esta realidad y en escribir y trabajar contra...

¹² Aquí nos ayuda a entender lo que estamos subrayando la distinción que establece. Y Congar entre “tradicción” y “tradiciones”. Para él la tradición, en sentido más bien negativo, es la interpretación o sentido dado a las realidades que se transmiten sin que haya detrás una comunidad que las viva y las comparta. Para adherirse a un mensaje se precisa ver cómo lo vive una comunidad y un grupo.

vigilancia sobre todo si nos damos cuenta de las consecuencias que se siguen en la vida ordinaria. Los procesos de inculturación no son movimientos ciegos; traen grandes consecuencias para la Vida Religiosa; a través de las inculturaciones sucesivas por las que ha pasado ha puesto las bases de la misma. Estos procesos de inculturación llevan a la reformulación de la identidad de lo que se es y de lo que se vive. *Dicho de otra manera, la Vida Religiosa bien inculturada puede ofrecer un paradigma para la Vida Religiosa que busca uno.* La cultura moderna pide una forma de vida muy diversa de la que vivieron los que les tocó asumir los valores de la cultura tradicional. Comencé a ver hombres y mujeres que acertaban a hacer este camino; se les notaba que habían muerto a sí mismos y de una cierta manera habían nacido a una nueva vida y sus raíces estaban siendo alimentadas en tierra de modernidad. A qué habían tenido que morir y a qué estaban naciendo?

Por todo esto llegó el momento en que intuí que había que distinguir y ver lo que frenaba y lo que podía hacer avanzar; que había que evaluar y que la cultura moderna no era un paquete cerrado que a ciegas había que tomar o dejar. Además había que prestar atención a las personas que vivían el proceso de inculturación y a los criterios para bien discernir. Desde mi condición de religioso marianista debía superar la ruptura y reencontrarme con la cultura moderna y hacer aflorar de nuevo el carisma personal y el religioso y marianista. Llegó también el momento de percibir con más claridad las diferencias con la cultura de “antes”; comencé a ver mejor el contraste que había respirado en mi familia y me había arropado por años y había dado consistencia a la vida marianista y sobre todo a la de la Iglesia¹³.

A las dudas teóricas se añadieron en mi caso algunas interrogantes que venían de la vida de cada día. Se oía decir que estaba relajando las costumbres, aflojando los verdaderos criterios de la vida marianista, diluyendo las verdades, secularizando el pensamiento, olvidando las doctrinas de siempre... Bastantes marianistas, que rápidamente habían asimilado esta nueva cultura, comenzaron a dejar la Congregación. Consideraban incompatibles la forma de vida religiosa con la propuesta cultural. Recuerdo que uno de ellos me explicaba cómo había llegado a una verdadera encrucijada; tenía que tomar un camino u otro; el camino de la opción de una forma de vida totalmente de acuerdo con la cultura moderna o el de vida marianista; y estaba decidido a tomar el de la cultura. Recuerdo cómo yo al escucharle me decía: “Pues yo tomo el otro, el de la vida marianista, pero hasta cuando...”. Estos nuevos planteamientos y cuestionamientos afectaban a todo: pero tuve una especial sensibilidad para verlo reflejado en el proceso seguido en la renovación de la vida comunitaria. En los años sesenta todavía dominaban y marcaban el ritmo y las opciones del grupo *las estructuras comunitarias*. Se estudiaba para lo que la provincia necesitaba, se seguía el ritmo y horario que fuera mejor para la obras; el bien de la comunidad venía antes que el del individuo. Por los años 70 comienza a tomar peso la persona. Es ella la que decide, casi en exclusiva, sobre su formación; los horarios se hacen en función de las necesidades de los individuos. El bien de la persona es antes que el bien de las instituciones; el individuo cuenta; el grupo poco. El individualismo comienza a ejercer una gran influencia. El personalismo exagerado lleva a dejar de lado los proyectos comunes y por supuesto la vida en común; y se vive un momento tenso, ya que aún no había aparecido la realidad de la vida comunitaria que poco a poco iría tomando forma como fruto de la acción de

¹³ Comprendo que este contraste ya no lo experimentan un buen número de religiosos, lo más jóvenes; para ellos la novedad de la cultura moderna no existe, es lo que siempre han vivido. Por lo mismo les cuesta más tomar conciencia de su originalidad y del esfuerzo que supone para los demás edad asumirla.

personas comunitarias, capaces de definir e iniciar las comunidades personalizadas a todos los niveles.

El cierto malestar siguió y sobre todo la responsabilidad de Provincial y de Presidente de Conferencias de Religiosos de Argentina y Chile. Comencé a echar la culpa de muchas cosas a la cultura moderna. En este período, y quizás como mera reacción, tomaba el Evangelio o la Regla no sólo como el principal sino también como el exclusivo y concluyente punto de referencia de mi vida. En el caminar de cada día quería prescindir de la cultura moderna y en concreto de las tendencias que la definían. En el fondo, la cultura dominante era una tentación que trataba de vencer con la huida. Mi postura en relación con ella llegó a ser un poco agresiva. Pero, curiosamente, procuraba que esto no fuera advertido por los demás. En algún momento temí llegar a una cierta ruptura con esa cultura y entrar en una postura fundamentalista. En Argentina, en los libros y en la práctica, intuí lo que había detrás de la “cultura popular”. La llegaba a considerar como una oferta de valores y de comportamientos que ponían en su punto algunas tendencias de la cultura moderna y que enganchaban bien con el Evangelio. Esta experiencia me hizo bien.

Poco a poco en este período y al prestar atención a lo que me pasaba y a lo que en torno ocurría, pude hacer una constatación. Quienes viven un auténtico encuentro cultural, con paciencia llegan a colocarse en “tierra de nadie” – en tierra universal – y a proceder como si en ella se encontraran. De hecho sorprenden, porque a veces asumen con total normalidad costumbres que podríamos decir que son del pasado y que ellos las viven con libertad y las viven junto con otras que anuncian el futuro. Nunca me olvidaré de un encuentro casual, en 1971, con Mons. Herder Cámara en Frankfurt vestido con sotana vieja y hablando con una inmensa fuerza de la libertad en la Iglesia y en el mundo a los jóvenes universitarios alemanes hijos del “movimiento juvenil francés de mayo del 68”. Personajes así desconciertan, pero convencen; para los modernos son modernos y para los conservadores son conservadores y ello porque se salen de los moldes habituales y llegan a ser de todos. Así preanuncian lo que vendrá después; no lo que se terminará en unos años.

3. Tercer momento: encuentro e interacción vida marianista y cultura moderna o postmoderna

Me resulta difícil precisar hasta cuándo permanecí en esta tensión cultural y este dilema del “o”/“o”. Lo único que puedo afirmar es que el discernimiento cultural fue largo; más aún, creo que no ha terminado. Sin embargo, poco a poco fui viendo que algunas cosas no tenían vuelta, que la propuesta de la cultura moderna estaba ahí y que frente a ella como frente al resto de los procesos de inculturación de mi vida no quedaba otro camino que el encuentro, la interacción y el diálogo; había que llegar al “y”/“y”; a juntar, encarnar, integrar, asumir. en ella había que distinguir y después tomar y dejar... Para nada quería identificarme con un discurso de cierta gente de Iglesia que comenzaba siempre por hacer la lista de todos los problemas y desaciertos de la cultura y del típico hombre y mujer de nuestros días y continuaba después mostrando la otra cara de la moneda, casi diría la fácil solución, que era la propuesta de la misma Iglesia, que, por supuesto, se colocaba en el polo opuesto. Discurso que con frecuencia se podía resumir de una manera muy sencilla diciendo: “tú –hombre o mujer moderno – estás mal y yo, hombre o mujer de Iglesia, estoy bien”.

¿Cómo hacer? Sabía que vivir esta experiencia cultural es exigente; tenía mucho de experiencia pascual que llega a convertir nuestras vidas en mensaje universal, es decir, en mensaje de Pentecostés. Cuando anduve en esta situación tensionante me ayudó a salir de esta cierta contradicción, con sus cartas y con algunas conversaciones el P. Luyten, un dominico belga que me había acompañado en los estudios de antropología en Fribourg y que vivía ya una interesante síntesis entre un antes y un después; entre el detalle de su fidelidad al rosario de cada día y una ascesis hecha más de entregas y de adhesiones que de renunciaciones y separaciones. Algunas de sus ideas las expresó en la *Gaudium et Spes* en cuya elaboración trabajó. Su nombre se puede incluir en la lista de los que han hecho una síntesis personal de lo divino y de lo humano, de lo nuevo y de lo viejo; y una síntesis tal, que le permitió estar en la vanguardia de la elaboración del método de las ciencias humanas para el que encontró muchos elementos en Santo Tomás. El P. Luyten siempre me insistió que debía empeñarme en hacer ese diálogo desde lo que era, es decir, desde mi condición de religioso marianista. El modo de ser, de pensar y de actuar que era fruto de haberme “implantado” en la historia, la geografía, la vida marianista. Lo que debía ser medido, y bien, era la cultura del momento. El metro sería mi condición cristiana y de religioso marianista. Había llegado el momento de transformar lo que veía o vivía como diferente en algo complementario y de entender lo propio de esta cultura ya postmoderna como algo no exclusivo; de encontrar semillas de la misma en mi propia sangre. No quedaba otra que hacer profundidad el encuentro cultural y partir para una nueva etapa con la cultura moderna. Para llegar a esta nueva situación necesité de un encuentro nuevo y diferente con la misma cultura moderna. A ello me ayudó mucho el tener que escribir un par de artículos sobre el tema, uno de ellos para TESTIMONIO. En esa reflexión descubrí que el punto de referencia para valorar los elementos de la cultura de la que se procede y de la cultura a la que se llegaba debía estar fuera de ambas. Ese punto de referencia último se colocaba en una experiencia de humanidad que muchas veces tiene que ver con las semillas del Verbo que se han sembrado en el mundo entero y siempre con el Evangelio; de una experiencia de sabiduría y fortaleza, de paciencia y comunión, de comprensión y verdad, de humildad y realidad que comenzamos a llamar cultura o subcultura marianista. Esta experiencia la tienen hombres y mujeres de corazón abierto y sencillo, generoso y lúcido. Pude acercarme a un par de ellos que habían aprendido una dinámica intercultural que propone que se una sin confundir y se distinga sin separar. En otras palabras, me enseñaron a hacer la unidad en las diferencias y a cultivar nuestras diferencias con una constante preocupación por una unidad que evita la confusión.

Quiero terminar con la descripción de esta experiencia. La cultura moderna antes y la postmoderna después ha traído para mí muchas cosas positivas tanto en el campo de la teología como en el de la espiritualidad y en el de la antropología; tanto en las motivaciones, las actitudes como en la actuación de cada día. Este tercer período que acabo de describir pone en evidencia que sólo quien asume redime y sólo asume quien es capaz de sintonizar con los sufrimientos y los gozos del hombre de nuestros días. Pero hay que reconocer un hecho: la cultura moderna no deja fácil espacio a la fe y compromete seriamente el creer; compromete a su vez lo ético porque querría prescindir de ello. La propuesta de Vida Religiosa entra peleando con una cultura que sobredimensiona el eficientismo y el horizontalismo y hace tambalearse seriamente los valores religiosos, simbólicos y contemplativos. Sin embargo, en ella hay que acertar, personal y comunitariamente, a plantar la fe y el carisma marianista.

Pero no quiero en este momento hacer balance de la cultura moderna y de la postmoderna. Sí quiero hacerlo de mi actitud frente a ella. Estoy contento de tener la sensibilidad que ellas dejan en el momento de leer el Evangelio, que cada vez lo encuentro más hecho a la medida de la auténticamente humano. Estoy contento por el desafío en el que me sitúa para juntar lo que es difícil juntar: solidaridad y libertad; estoy contento por la importancia que me ha pedido dar a la información y la técnica; estoy agradecido por la exigencia de contenido y de método para tener que hablar de tal modo de Dios que se termine hablando del hombre y hablar de tal forma del hombre que cuando lo haga termine hablando de Dios: me ha desafiado – pero no me ha ayudado – a renunciar a lo superfluo y contentarme con lo necesario e incluso con lo indispensable y descubrir el encanto de lo poco y lo relativo de lo mucho. A quien en esta cultura nada a pierna suelta, debe saber que si quiere una libertad social basada en la idea de responsabilidad del individuo frente al bien de todos, esa libertad sólo se adquiere siendo esclavos unos de otros (Gal. 5,3): Es la libertad que nace de una relación y se configura en una concreta actitud de servicio, generosidad y caridad política. Veo que me ha dejado marcado por la excesiva valoración de la burocracia y por la exigencia de competitividad. A esta cultura, en fin, estoy agradecido porque me ha forzado a buscar un nuevo perfil para la realización histórica de mi persona como marianista y para una adecuada presentación en sociedad de esa nueva forma; ha hecho cambiar la institución y vida marianista para ponerla al servicio de la renovada realización de su verdadera identidad.

Frente a estas realidades y estas amenazas no deja de surgirme una gran pregunta que viene del corazón del Evangelio: ¿Cómo ser signos de esperanza y de utopía en esta cultura tan consistente y determinista?. ¿Será posible comenzar la experiencia de una nueva forma de vida y de un proyecto cultural alternativo? ¿Nos va mejor en una cultura postmoderna?. Y una intuición repetida: ¿Los pobres serán el punto de inspiración de esta nueva sociedad, de un mundo nuevo y de una cultura verdaderamente humanizante? La inculturación siempre seguirá siendo un desafío personal y comunitario. Es una tarea que no se termina nunca. Me doy cuenta que en el lenguaje de la Iglesia algo ha ido cambiando. Ha cambiado la mirada sobre sí misma, sobre su pasado, su presente y, sobre todo, sobre la cultura tradicional y moderna, secularizada y religiosa. Del cambio de mirada, la Iglesia ha pasado, en parte, al encuentro, ha iniciado el diálogo. Todo ello nos invita a hacernos la gran preguntarnos: ¿Los marianistas han acertado en este desafío?: En cuanto a mí, estoy bastante satisfecho, pero con la tarea a medio hacer. En el fondo, se trata de “refundar” la propia persona y eso va para largo. Dicho con otras palabras, se trata de empalmar la historia de Jesús que nos ofrece el Evangelio con nuestra existencia en tiempos modernos o postmodernos. De estos últimos he dicho poco. Pero la verdad es que cuando comenzaba a entender la modernidad comenzó a llegar la postmodernidad; realidad bien diferente. En ella estamos.

A la luz de este texto y de este capítulo

1. ¿Cuántas inculturaciones has vivido?
2. ¿Cómo ha sido tu inserción en la cultura marianista?
3. ¿Cómo la integras con tu cultura familiar?
4. ¿Con la cultura postmoderna?

Capítulo V

Descripción de la cultura marianista

Para describir bien una cultura y acertar a decir de qué está hecha es importante identificar el núcleo central de la misma, señalar las diferentes dimensiones que tiene y sobre todo los elementos que la integran. Para conseguir la descripción de la cultura marianista se precisa ofrecer un instrumento que ayude a leer esta cultura y a interpretarla. En el fondo, hay que juntar historia de salvación e historia del grupo marianista para crecer en sentido de pertenencia a la Familia y de admiración por la obra que el Señor está haciendo en nosotros a través de las diversas manifestaciones culturales. La aparición de la Familia marianista es un acontecimiento que es expresión de una gran capacidad creativa y comunicativa. Supone la encarnación, transmisión y visibilización del amor salvífico de Dios en una historia precisa y en expresiones concretas.

1. Núcleo o elemento central de la cultura marianista

Como ya lo hemos indicado, el elemento constitutivo de la cultura marianista es una *opción creyente; una espiritualidad que se convierte en un modo o método para ejercer una misión y supone una propuesta sociopolítica*. Por eso, quien se quiera acercar a esta cultura ya sea en un colegio, una comunidad o un proyecto tiene que ser un hombre o una mujer sensibles a la acción del Espíritu y por supuesto una persona de fe. En el centro de la cultura marianista hay una espiritualidad que se expresa en un método y una acción pastoral o sociopolítica que busca una propuesta de sociedad a la que se llega por una decisiva transformación de la realidad sociopolítica y cultural. Quiere que el Reino de Dios venga al mundo en el que estamos.

Por ello está por el cambio que libera “de”, que saca “de” la opresión “para” llegar a la comunión entre aquellos y aquellas que han sido oprimidos. Este proceso y esta tarea se lleva a cabo “con” los otros; no se debe llegar solo sino bien acompañado. Esta andadura se hace “por” la gracia de Dios. Es una encarnación, una redención, una resurrección y un Pentecostés. Desde entonces la humanidad redimida va más allá de las limitaciones de nación, género, clase, raza. No podemos ser humanos si no tenemos tribu, nación o género pero no debemos identificar la humanidad con nuestra expresión particular de ella. Esta es la única forma de superar guerras, nacionalismos, fundamentalismos, racismos y sexismos. El Evangelio y el carisma marianista fueron revelados en una cultura concreta. Pero el uno y el otro van más allá de la cultura concreta. Esta verdad echa por tierra cualquier ideología que pretenda que la dignidad humana está en función de una determinada cultura, clase, nación o criterio externo de éxito o aceptación. La realidad central de nuestra redención va más allá de las particularidades de tiempo o lugar y nuestra tarea es encarnar esta verdad universal en nuestra propia cultura.

2. Dimensiones típicas de esta cultura

Cada cultura establece un determinado orden e intensidad en las diversas relaciones que necesita la persona humana para su realización. Establece también un modo propio, lo que no quiere decir exclusivo, de desarrollar estas mismas relaciones. No entramos, en este momento, a desarrollar y describir estas relaciones pero al menos sugerimos el tema.

Ofrecemos algunas intuiciones sobre cómo se da este de modo original de establecer y desarrollar las diversas relaciones en la cultura marianista. No hay ninguna duda que una de las mejores definiciones de la persona humana es la que nos recuerda que el ser humano es un ser en relación y por las relaciones se hace y crece.

-Modo propio, no necesariamente exclusivo, de relacionarse del marianista con Dios. Esta relación es prioritaria; y el manantial de toda la cultura marianista. Es el motor de todo. De ella procede todo. Dios Padre es la horma de la cultura marianista. Sin una relación personal afectiva, íntima, constante con Cristo no se pueden asimilar los elementos de la cultura marianista y menos transmitirlos. En esta relación es importante acertar a pasar de la ilusión a la oración. Para muchas personas este encuentro de la persona humana con Dios es pura ilusión; para pocas es un mirarse, hablarse, estar juntos por estar presentes, escucharse, experimentar los frutos de una acción misteriosa. Dios Padre late en la realidad y se precisa sentir ese latido y transmitirlo.

-Modo de relacionarse consigo mismo. Esta relación es indispensable. Por ella todo se personaliza e interioriza. Por ella entramos en nosotros mismos. Llenamos la soledad. No podemos entrar en ella sin una gran capacidad de escucha y de silencio. Esta forma parte de la comunicación humana; es casi la mitad de nuestro lenguaje. Efectivamente, la persona es comunicación y comunión. Uno vale en la medida en que es capaz de relacionarse con los otros, con las cosas, con Dios desde uno mismo. Vale, a sí mismo, en la medida en que sabe guardar silencio. Antes de hablar a los demás es necesario cavilar consigo mismo en silencio. Desde el silencio y la escucha brota la palabra auténtica y el compromiso. A más mundo interior corresponde una mayor capacidad de implicación personal.

Ambas dimensiones han sido muy cuidadas por la tradición marianista. Sin embargo, se tiene la impresión que no han sido suficientemente incorporadas a nuestro modo de ser. Estar “cabe sí”, consigo mismo, permanecer a la escucha, darse el perdón, hacerse eco de su cuerpo, de su alma y de su espíritu es encuentro consigo mismo. El ruido ha invadido la vida del hombre y la mujer de nuestros días; estamos como ahogados por la espuma de las palabras, zarandeados por el capricho de los vientos mediáticos, expulsados, como cáscara vacía a la superficie de nosotros mismos. A veces tenemos la impresión de haber olvidado “la tierra natal”. En la tradición marianista se nos ha repetido que el silencio es mucho más que la ausencia de ruidos; no es un lujo reservado a los monjes o a algunos pensadores de cámara. Es una necesidad tan vital como el aire que respiramos o el pan que nos alimenta. Da calidad a nuestras relaciones y porvenir a la vida social¹⁴.

-Modo de relacionarse con los demás. La relación interpersonal es la más favorecida en nuestra vida ordinaria. Es fuerte la exigencia de convivencia, comunicación e interacción en la vida marianista. Al marianista se le prepara para convivir y superar el individualismo insano. Sobre todo para gozar con un compartir enriquecedor. Son muchas las actividades en las que participa que le piden encuentro y encontrarse.

Todo ello está abocado a la comunión y a la participación. El espíritu de unión buscada y las estructuras de participación se juntan para dar calidad y potenciar la relación con los demás.

¹⁴ Hubaut, M. Los caminos del silencio, PPC, Madrid, 2005

-Modo de relacionarse con la naturaleza, con el creado. Esta dimensión ha sido la menos cuidada y motivada en la tradición marianista. Sólo últimamente se ha comenzado a ejercitarnos en ella. El contacto y el cuidado de las plantas, los animales, la tierra es una escuela de vida. De ellos aprendemos la verdad, el bien y la belleza. Se merecen nuestro respeto y atención. Como un autor brasileño ha escrito hay una “moral do burro” y de los animales de la que podemos aprender mucho¹⁵.

Esta relación trae novedad y precisa ser más desarrollada en la cultura marianista. Lo ha puesto de relieve el bien venido movimiento ecológico. La ecología nos ayuda a encontrarnos con la madre tierra; a sentirnos como en nuestra casa, en nuestra *ecumene*. Se trata de hacerse discípulos de la maestra naturaleza, respetuosos y admiradores de ella hasta llegar a la intuición mística que tenemos cuando tocamos, contemplamos, imitamos, escuchamos y admiramos su inmensa belleza, bondad y sabiduría. De ella aprendemos a cuidar, favorecer y defender la vida en reacciones auténticamente sabias. En el encuentro con la tierra se viven experiencias de la acción del Espíritu. La tierra nos enseña y nos pide ser criaturas humildes hechas a imagen y semejanza de Dios.

Los bienes que de ella nos vienen son un regalo de Dios y es responsabilidad del marianista no entrar en el movimiento que lleva a un consumismo brutal. Consumismo que nos pone en función de nuestros deseos en lugar de hacerlo para satisfacer nuestras necesidades y las de los demás. Cuando así procedemos exageramos y llegamos a sofocar la tierra y las consecuencias nefastas no son solo para uno individualmente sino para el conjunto de la humanidad. El pensamiento de Mahatma Gahndi es muy acertado: «*El mundo tiene recursos suficientes para satisfacer las necesidades de todos los hombres, pero no su codicia*». La naturaleza es fuente de inspiración de los verdaderos reencuentros. Nos sorprende con lo grande y lo pequeño, lo fuerte y lo débil, lo mucho y lo poco y nos introduce en una profunda intuición mística. Todo en ella es obra de las manos de Dios. En todo podemos descubrir sus huellas. De este encuentro está naciendo la exigencia de una integración del espíritu y del cuerpo en el día a día de nuestra existencia.

3. Elementos importantes de la cultura marianista

La vida marianista, como ya hemos dicho, es también un hecho cultural. No debe renunciar a enriquecerse a si misma desde y con los elementos generales de la cultura. Tampoco debe renunciar a presentarse como una propuesta religiosa encarnada hondamente en la realidad de la cultura llevando toda la fuerza y el atractivo de una propuesta cultural llena de valores, actitudes, comportamientos y procesos coherentes con el carisma marianista. *Como un producto humano que es, se identifica con todo lo que los marianistas cultivan, construyen o producen para expresarse a si mismos.* Así la cultura contribuye a vehicular el carisma marianista. De esto estamos necesitados y en algunos lugares urgidos.

Cultura es la forma particular que tiene un grupo de personas, en un tiempo y lugar determinados, de expresar su manera de ser y de estar en el mundo. La cultura, como veremos después, incluye realidades tales como las herramientas y la tecnología, las instituciones políticas y sociales, las estructuras mentales y afectivas y, por supuesto, la

¹⁵ Leers, B. *A moral do burro*, Ed. Paulinas, Sao Paolo, 2004

práctica de la religión y de la ética. Es una de las manifestaciones básicas de la historicidad de la creación y del misterio y de la realidad de la encarnación del cristianismo.

Se identifica con lo que un grupo determinado aporta a la fábrica multiestratificada de la experiencia humana en color, tono y densidad. Cada uno revela una faceta particular del misterio de nuestro Dios encarnado en la admirable y creativa expresión humana. La cultura sirve a la revelación gratuita de la presencia y de la acción de Dios y también de la acción del hombre.

Estos elementos, vistos en su conjunto, crean un dinamismo envolvente. Cuando un marianista entra en ese movimiento dinámico y lo hace suyo adquiere identidad. Asimila una forma de vida. *La antropología cultural ha ido elaborando un elenco de elementos comunes o de expresiones culturales que ayudan a describir la subcultura propia de un determinado grupo.* A continuación vamos a enumerar algunos de estos elementos e indicar cómo se presentan en la vida marianista. La llamada cultura organizacional, capítulo importante de la antropología cultural, nos ha ayudado a establecer y precisar la lista de estos elementos. Algunos autores han ido más lejos y han hecho una clasificación de los mismos que sirve para identificar y describir la subcultura de un grupo. Hay elementos que tienen que ver con el rol, otros son reguladores de la actividad del grupo, los hay que son normativos u organizativos y, en fin, otros religiosos o éticos. Todo esto es cultura. Supone en opinión de otros grandes antropólogos percepciones, apreciaciones, organización y acciones. La cultura de una u otra manera es entendida como un juego de herramientas, “tools” que dicen en inglés, y que sirven para andar por vida siendo alguien y viviendo con intensidad esa identidad.

Por mi parte me ha gustado clasificar estos elementos en función de la *motivación* de los grupos; estos aspectos le dan a las personas que lo integran razones para creer, esperar, tener convicciones. Le permiten hacer su profesión de fe. Permite percibir si un grupo está suficientemente motivado o está apagado; si tiene las suficientes razones para ser y actuar, para sufrir y soportar, para nacer y para morir; si es movido a la acción.

En segundo lugar en función de *la visión* que todo grupo tiene que tener; la visión es sueño, es desafío, es propuesta, es futuro anticipado, escenario lleno de lo que vamos a representar o actuar en nuestra vida. El poder de una gran visión es enorme. Los sueños de justicia y de paz de unos han parado muchas guerras de otros. Las buenas visiones nacen de la sabiduría y llevan a recorrer la vida por los caminos de la verdad, la libertad, la justicia y la solidaridad. Todos los grupos necesitan que su cultura les ayude a soñar y les deje con la convicción de que los sueños compartidos son ya realidad. Hace soñar la Biblia, la teología, los fundadores, los hombres y mujeres que tienen fuertes intuiciones, los místicos y los profetas. Los sueños están en el origen de los empeños de expansión de la vida de los grupos y en concreto de los marianistas.

En tercer lugar, una cultura necesita elementos que le ayuden a tomar una *dirección*; a pasar a la acción; a hacer la andadura oportuna; a tener un modo de proceder; a ejecutar. El mejor modo de decir es hacer. Son muchos los elementos culturales que nacieron o están naciendo de hechos concretos y se transforman en realidades. Son actividades, son realizaciones. Los grupos necesitan de emprendedores y ejecutores; de quienes ponen en marcha lo que es su motivación, sueño, visión.

El cuarto lugar hay que hablar de los muchos elementos que giran en torno a la *formación*; al hacerse y al tomar forma de los integrantes de una cultura; al crecer y desarrollarse de las personas que lo integran. Los procesos de iniciación en una forma de vida, de pensar, de sentir, de hacer, de creer, de adorar, de relacionarse marcan la cultura de cada grupo. Nuestro tiempo es un tiempo de formación para todos. Pero formar no es imponer un molde previo a un formando para que lo acepte pasivamente. Es un proceso para descubrir el tesoro que cada uno lleva en su interior. Es también, para algunas culturas, y es el caso de la marianista, asumir la dura tarea de formarse, de darse a luz, para colaborar en último término en la transformación y mejora de la sociedad a la que se pertenece. Las propuestas pedagógicas para conseguir esta meta son elemento cultural importante de todo grupo.

En fin, un grupo tiene que *organizarse*, tiene que alcanzar sus objetivos. En todo grupo se manda y se obedece, se discierne y se procede. Son diversos los roles de las personas y variadas las actividades que se llevan a cabo para tener una estructura viva, crear un ambiente e infundir un espíritu. El original modo de gobernarse de un grupo suele ser coherente con el conjunto de su cultura. Las personas líderes, como veremos más adelante, no les pueden faltar a los grupos para hacer las andaduras a las que están llamados por su vocación especial o por sus proyectos específicos.

Las culturas se pueden clasificar, también, según el aspecto de la persona que pongan de relieve. Hay culturas del corazón y las hay de la inteligencia, las hay del esfuerzo y de la belleza, del bien o de la verdad; unas son centralizadoras y otras descentralizadoras. En la cultura marianista se ha acentuado mucho el afecto, la ternura, la compasión y la indulgencia; el *“prevenir antes que curar”* es otra importante nota que ofrece un criterio moral para el conjunto de nuestra vida; *“no se rechaza como malo lo que no es del todo bueno”*. El ideal de del buen educador será el de un “buen padre”. Se cree que la bondad hace especialmente fecunda nuestra vida; se confía en el poder transformador de la bondad. Se debe modelar al marianista en este dinamismo. Esto no se tiene que confundir con una falta de coraje y de firmeza.

Para reflexionar y compartir

Aportaciones diversas a la cultura marianista

La cultura marianista se ha ido haciendo. ¿Cuál ha sido la colaboración de las diferentes personas o grupos al acervo cultural de la Familia marianista? ¿Cuáles han sido los protagonistas o actores principales de esta cultura marianista?

Es bueno identificar la contribución de las diferentes personas o instituciones a esta cultura marianista actual.

- Del Padre Chaminade
- De Francia
- De los marianistas religiosos
- De los marianistas laicos
- De los hombres

- De las mujeres
- De los marianistas educadore
- De los misioneros
- Del Continente africano
- Del Continente asiático
- Del Continente latinoamericano
- De Norte América
- De Europa
- De España

Capítulo VI

Expresiones de esta cultura marianista

Algunos antropólogos llaman a estas expresiones “indicadores culturales”. Pero ¿indicadores de qué? De creencias, convicciones, de grado de satisfacción, de información de datos personales, de opiniones y opciones. La creatividad es mucha y se tiene que notar en estos “productos” culturales. Productos que corresponden a una concepción de la cultura como “un sistema que integra creencias (con respecto a Dios, la realidad o el significado último de las cosas); valores (relacionados con la verdad, el bien, la belleza y lo justo); costumbres (cómo comportarse en relación con los otros, cómo hablar, rezar, vestirse, trabajar, jugar, comercializar, cultivar la tierra, comer...) y las instituciones que expresan estas creencias, valores y costumbres. Todo esto compromete a los integrantes de una sociedad y les da un sentido de identidad, dignidad, seguridad y continuidad”¹⁶. Esta definición de la cultura nos permite establecer lo que podríamos llamar también “un inventario” de la cultura marianista cuyos elementos los encontramos en el día a día de nuestra vida¹⁷.

Elementos que son como ríos de experiencia que aparecen en los distintos dominios de la cultura de un grupo que necesita ser significativo y fecundo. Para ello precisa decirse, multiplicarse y adaptarse. También podemos afirmar que son como metáforas óptimas de una cultura que se va sumando, articulando e integrando. Tenían razón los griegos cuando decían *que no hay creatividad sin memoria*. Cada marianista ha añadido su propia experiencia a la experiencia recibida. De una u otra forma se han ido abriendo cauces distintos para que una misma agua los recorra. Velásquez no hubiera existido sin sus antepasados europeos. No era un pintor medieval ni un pintor renacentista pero sin esos antecedentes no hubiera pintado como pintó.

¹⁶ Gallagher, Michael P., *Clashing Symbols, an Introduction to Faith & Culture*, Paulist Press, p 152

¹⁷ “Cultura significa la manera en la que un grupo de personas vive, piensa, siente, se organiza, celebra y comparte la vida. En toda cultura subyace un sistema de valores, de significados y de visiones del mundo que se expresan al exterior en el lenguaje, los gestos, los símbolos, los ritos y estilos de vida” (SJ Congregación 34, 1995, Decreto Nuestra misión y cultura). Esta definición puede ser la de los marianistas al comienzo de este capítulo.

Es un error querer liberarse de la cultura en la que se ha nacido o se ha crecido. JP Sastre se atrevió a afirmar que *“cada uno elige su pasado”*. Parece absurdo pero no lo es. Lo que el filósofo quería decir es, ni más ni menos, que en un momento determinado de nuestras vidas decidimos qué parte de nuestro pasado deseamos mantener presente y actuando sobre nuestra realidad personal, proyectada y elegida. La pregunta que no nos puede faltar es la siguiente: *¿quiero que la cultura marianista forme parte de mi pasado vivo o prefiero sacarla de mi historia?* El inevitable pasado, que urde insidias o alumbra posibilidades dentro de nosotros, puede asumirse o rechazarse. Esa es la esencia de la libertad que da una vocación. Si uno quiere que ser marianista formando parte de su pasado vivo y de su mejor futuro tiene que preferir asumirlo vitalmente.

Presento ahora algunos de estos elementos que son como “el testigo” que nos pasa el pasado para excitar nuestra creatividad de cara al futuro. Son testigos de la cultura marianista. La identificación o el desarrollo de cada uno de ellos lleva a entrar en una etapa nueva de nuestra historia. Esta cultura es una tradición, un modo de sentir la realidad y para nada un arbitrario repertorio de símbolos.

El Centro Norteamericano de estudios marianistas inició una publicación hacia los años 90 que tituló “Marianist Things” (Cosas marianistas). En su primera publicación se hacía esta pregunta: *“¿Cómo definir “lo” marianista? ¿Qué es único y específico de la vida marianista?”* En esa publicación se atreven a afirmar que hay cosas marianistas, fruto de su cultura. Hasta la mesa del comedor puede llevar y tener esa especificidad. Esta mesa puede evocar elementos que están en mi memoria y que tienen mucho sentido. Para las autoras de este estudio – Carol Quinn y Laura Leming, fmi – una mesa de una comunidad o una familia marianista tiene que ser redonda, tiene que facilitar y sugerir una participación democrática, activa, intensa, de igual a igual.

Vamos a enumerar y comentar brevemente las expresiones típicas de la cultura marianista. Es larga la lista de estas expresiones. No puede ser de otro modo al tratarse de un grupo amplio y variado en el tiempo y en los lugares.

1. Misterio

El misterio lleva al silencio y el gran silencio es misterio. Frente al misterio solo nos queda mirar con los ojos abiertos de par en par, esperando o haciendo un signo de admiración. Signo que se llega a transformar, a veces, en adoración. En el cristianismo el misterio se ha hecho uno de nosotros. Ha llegado a nuestra realidad y nos acompaña por todas partes. Ha sido y es una sorpresa. Como lo fue para María, José, los pastores y los apóstoles. El misterio cultiva la humildad. Nos lleva a ponernos de rodillas, como recordaba el Card John H. Newman. Pero añadía que nos hace vigilantes y atentos. El misterio une las realidades más diversas. Ir dibujando el misterio de Dios es ir definiendo el misterio del hombre; ir definiendo al hombre religioso es ir entrando en la humanidad misteriosa de Dios.

Cada cultura tiene sus misterios y tiene su misterio; tiene su encanto y con él busca encantar a las personas. Ese misterio es el núcleo de nuestras vidas que no se explican sino simplemente se revelan y se manifiestan. Se intuyen y se adivinan. A ese misterio se vuelve insistentemente como se vuelve al seno de la madre o de la tierra, al carisma,

a la Trinidad, a la vocación o a la fidelidad para siempre. En toda la realidad, divina y humana, se puede descubrir la presencia de una fuerza misteriosa¹⁸.

Nuestra vida es un misterio y a veces somos los últimos en enterarnos. Creemos ingenuamente que nos las sabemos todas; que somos lo que somos; que tenemos de nosotros “la verdadera imagen” de nosotros mismos. Pero no nos damos cuenta de que siempre hay algo más, un plus de sentido en nuestra vida; que Dios nos ve con otros ojos y que solamente él puede curar nuestra miopía. En realidad, vivimos misteriosamente vinculados e implicados unos con otros y todos en Dios.

Es bueno recordar que solo se puede amar lo que tiene misterio y el amor es un gran misterio. El aprendizaje del ser, de la hondura, de la profundidad es aprendizaje de misterio. Y solo descubrimos el misterio en la búsqueda de lo esencial. Nuestra cultura no apuesta hoy por miradas profundas. Apunta por lo espectacular. Necesita recuperar el sentido, la fuerza y el encanto del misterio.

Los marianistas tienen una dimensión de misterio que es bueno cultivar y desarrollar. Algunos aspectos o expresiones del Fundador han quedado sin una explicación clara y quizás sea lo mejor: “Tal como os veo ahora os vi en Zaragoza”. Entre los marianistas no se ha intentado explicar todo y exhaustivamente. En algunos lugares lo pequeño se ha hecho grande de una manera misteriosa. Hay algunos comienzos de vida marianista, en determinados lugares, que fue un gran misterio que se dieran tan bien. Gran misterio fue el que en otros lugares se diera tan mal. Misterio es nuestra vocación y las exigencias que nos pide. La vida marianista misionera tiene su misterio. En ella hay algo que nunca terminamos de entender y que, al mismo tiempo, que origina una buena parte de nuestros problemas nos da inspiración para superarlos. La figura de María es misterio; nuestra relación con ella también. Podemos comprobar que por ella obtenemos no lo que le pedimos sino lo que necesitamos.

Ese misterio se arma en la intimidad y en la trascendencia; en la intimidad de la compañía con Jesús, en la alianza filial y materna con María, en el servicio generoso a las personas; hay en todo esto algo que nos toca y nos envuelve, nos acompaña día y noche y nos da una alegría y una satisfacción básica y fundamental. En esta experiencia y misterio encontramos verdad intuita, belleza sentida y bien apasionadamente buscado; encontramos siempre a Dios. Nos hace amar lo que creemos y creer en lo que esperamos. Por este misterio sublime vivimos en la casa del amor, la comunidad; estamos ciertos que pertenecemos a Dios Padre, compartimos con Jesús y con María nuestros proyectos y llevamos libertad y salvación a la gente que nos rodea. Comenzamos a ver lo invisible; y todo ello lo hacemos con pasión ya que entramos en el misterio de Dios. El misterio nos introduce en el amor y en la respuesta de los hombres y las mujeres al amor y de un modo especial al amor fiel, fecundo, íntimo y feliz. Por el misterio salimos del racionalismo frío. ¿Cómo expresar con una palabra o una imagen el misterio marianista? Es bueno intentarlo y es necesario dar a la existencia de todo marianista un aire de misterio.

¹⁸ “Ya desde la antigüedad y hasta nuestros días se encuentra en los diversos pueblos una cierta percepción de aquella fuerza misteriosa que se halla presente en la marcha de las cosas y en los acontecimientos de la vida humana” (Nostra Aetate, 2)

2. Visión

Ya antes hemos explicado lo que entendíamos por visión. Las personas con visión nos proyectan al futuro desde el presente, nos lo acercan, nos permiten vivir anticipadamente etapas de la historia, nos ayuda a soñar y a convertir los sueños en realidad; nos ofrecen la posibilidad de situarnos en escenarios distintos. Esas mismas personas saben que sus vidas las viven en el presente pero las comprenden y explican desde el pasado y las remodelan con el futuro.

La Familia marianista nace de un hombre visionario. Alimentó su intuición en un contexto eclesial visionario del cual surgen bastantes congregaciones en la primera mitad del siglo XIX. Para él hay que volver al Evangelio y vivirlo como hombres y mujeres de “cuatro cuarterones”, con personas que saben poner intensidad en sus vidas; y sin rebaja de precio ni de calidad. Una cierta y sana intransigencia frente a las medianías no viene de ningún código ético impersonal; viene de visiones lúcidas. Estas nos piden una intransigencia amable. Vivir el Evangelio no se puede parecer a una exigencia desencarnada y culpabilizadora. Es algo parecido a la elegancia mal entendida de aquel hijo de la “estricta observancia” que nunca quiso reconocer lo que significaba la vuelta de su hermano. Por eso mismo, también a él le deberíamos llamar “pródigo”.

Esta visión primera se gesta cuando se terminaba en Francia el tiempo de cristiandad. La Iglesia dejaba de estar con el poder y de ser poder. En adelante los nuevos grupos religiosos no se situarían de la parte del estado ni el estado de la parte de los grupos religiosos. La estructura oficial comienza a alejarse de las organizaciones religiosas. Estas vuelven su mirada al pueblo y en él fijarán su atención. Al pueblo se dedicarán; le educarán y le enseñarán la fe y las buenas costumbres o le cuidarán si está enfermo. Le enseñarán una fe que transformará la sociedad. El P Chaminade se encuentra en los inicios de ese mundo. Vive bajo la influencia del período de la Ilustración. Desarrolló la fe como principio de contradicción y como alternativa de la realidad existente. Para él la Familia marianista es un grupo de hombres y mujeres “fuertes en la fe”. El choque frontal con la ilustración provocó una vuelta de la fe a la vida y sus estrategias se convirtieron en medios poderosos para una amplia campaña de conversión. La ilustración proponía modelos de hombres racionalistas. El P. Chaminade, de una manera original y siguiendo a San Bernardo, gritará: *Respice Mariam*, mirad, tomad a María como modelo de fe. Así nos transmite una fe de mujer y de madre, a una fe del corazón. Estará cerca de él en el momento de elaborar la propuesta de una nueva forma de vida.

Esta visión del P. Chaminade es carismática. La recibe como un don, como un carisma. A ella volverá constantemente para hablarnos de lo grande, lo sublime, lo invisible, lo que triunfa y lo que permanece. La formula por escrito y con vigor en la carta a los predicadores del 1839. Ahí deja impreso su sueño, su visión. Y como un gran sueño hay que leer esta carta.

La denuncia profética que hace el P. Chaminade de la realidad *no consiste en excesos verbales sino más bien en vivir de otro modo*. De un modo diferente del de la sociedad y en parte también de la Iglesia circundante. Hay visión nueva en la mente del Fundador. Para que una visión tenga fuerza y desencadene dinamismo le ayuda mucho la provocación del enemigo identificado y personalizado. Contra alguien se lucha y a alguien hay que derrotar. Hay que acertar a poner rostro al enemigo para que la lucha esté animada y se termine sin derrotar a nadie como ocurre en el evangelio.

Hay una tradición “visionaria” en la Familia marianista. En ella se ha soñado. A veces se ha soñado juntos. Pero ha habido sueños marianistas que no en sueños han quedado. ¿Qué ha pasado con la visión mariana de la Familia marianista? ¿Con la visión misionera y de conquista? ¿Con la visión de “lo esencial es lo interior”?

3. Estructura mental

El paradigma actual de comprensión de nuestro mundo y de la realidad humana es distinto de cualquier experiencia humana pasada. Ese paradigma es importante. Su novedad ha sido provocada, en buena parte, por el ritmo veloz de las innovaciones tecnológicas de la segunda mitad del s XX.

Todas las culturas están orientadas hacia la verdad, a la que se refieren como a un secreto a voces. La verdad es absoluta y única pero los hombres y las mujeres se acercan a ella desde sistemas culturales que han creado y que son imperfectos y relativos. La estructura mental oriental y la occidental son diferentes; la eslava distinta de la mediterránea, la oriental de la occidental.

La línea de acción, el programa que se trazó el P. Chaminade no era el único posible. Pero sí el que él eligió. El que concibió desde su mente francesa. Lo intuyó y lo puso en práctica. No lo dejó en el aire. El mismo fue un hombre de acción. Sin embargo, nos dejó con poca tradición intelectual. Como Familia marianista hemos vivido en un cierto vacío intelectual lo que nos hace vulnerables, incluso en los tiempos de poca ideología porque en ellos ya no quedan ilustraciones a las que oponerse y contrarrestar. Sin embargo, necesitamos materiales y medios, objetivos y mediaciones adecuadas. Precisamos materiales para la construcción de valores espirituales: una estructura sólida de principios antropológicos, filosóficos y teológicos. Medios, todos ellos, para tener éxito en la difícil tarea de la inculturación.

Lo que se sugiere con este elemento cultural no es un nuevo modelo de intelectualismo y menos aún estoy apuntando a una cierta filosofía marianista. Aunque debo decirlo, sí consideraría oportuno la elaboración de algunos elementos de una antropología marianista y un cierto planteamiento teológico. Esto lo estoy encontrado en los nuevos movimientos eclesiales. En ellos hay un marco referencial de pensamiento teológico que encuadra y orienta la vida y la misión de los grupos. Esta realidad no se impone pero la mayor parte de las veces llega a convencer y a ofrecer un estupendo servicio. Hace bien tener detrás de su propuesta de acción un planteamiento teológico que de consistencia a las propuestas pastorales y espirituales.

Son tres los aspectos en que nuestra cultura hace agua en este aspecto: se necesita el efectivo diálogo fe-razón; solo con él nuestra fe marianista tendrá un verdadero fundamento y estará seriamente comprometida en línea con la auténtica trayectoria de la encarnación. Se necesita una sólida antropología que sea el buen sustrato de nuestra auto comprensión como personas humanas creyentes. Se necesita una buena filosofía social que aclare y oriente las realidades humanas tales como el pluralismo, la solidaridad, la autoridad y la misión.

Producir pensamiento y no sólo acción es un buen desafío para la cultura marianista y un buen servicio a la Iglesia y la sociedad¹⁹. Modestamente algo ya se ha hecho. Sólo prosiguiendo esta tarea iniciada se llegará a orientar los comportamientos religiosos, culturales y sociopolíticos de las personas. A los marianistas nos cuesta pensar la fe. J. McGrath reconocía que a los marianistas religiosos norteamericanos les cuesta la meditación; se acepta la obligación pero no creen demasiado en la necesidad de esa forma reposada, reflexiva, interna de crecimiento vital. El mismo J McGrath continuaba diciendo que no confían en lo inactivo. Los marianistas no somos pacientes ni deliberadamente receptivos. Nos sentimos incómodos cuando entramos en el tiempo de la inactividad y de la reflexión. La meditación no es para el marianista norteamericano un medio muy apropiado para encontrar, conocer y amar a Dios²⁰. La afirmación última es fuerte. Sin embargo, algo de esta tendencia está presente también en las otras culturas de la Familia marianista.

Hoy en día el esfuerzo por aprender se reserva a lo profesional. La figura del marianista humanista, religioso o laico, que sabe muchas cosas, interesado por formarse o informarse está en decadencia. Es mucho más frecuente formar parte de una audiencia alimentada por los medios de comunicación que rebajan a niveles de mínimos el listón de lo que es interesante, inteligente e importante. La elaboración de reflexión y de pensamiento es un buen desafío para nuestra cultura marianista. Esta es un marco referencial para nuestro pensamiento marianista. Al mismo tiempo la cultura marianista precisa un marco teológico y antropológico para poder estar bien sustentada. Dice mucho de una persona o de un grupo la biblioteca que tiene; la cantidad y la calidad, el contenido y los temas que cubren. La vieja expresión de “dime lo que lees y te diré quién eres” confirma esto mismo.

Vivimos un tiempo complejo, dramático y, a la vez, magnífico; profundamente marcado por cambios del todo novedosos. Es un tiempo que nos desafía a una capacidad renovada de encuentro, de reflexión, de escucha, de diálogo y de estudio. Para cultivar la pasión por Cristo y por el hombre necesitamos palabras llenas de sabor, de espíritu, de vida, de profundidad. La actividad intelectual nos puede ayudar en esta búsqueda. Sin embargo, no se trata solo de reflexionar para enfrentar los desafíos de la evangelización. Está en juego algo más y algo más exigente. Se trata de adquirir el arte de pensar como arte sapiencial de vida, de fe y de caridad. Esta es una tarea impostergable.

4. Mitos

El mito es un relato que contiene una narración estilizada, a veces dramatizada y con connotaciones sagradas, de los acontecimientos reales o supuestos que explican el punto de partida o los cambios de un grupo concreto. Ayuda a expresar o mantener la propia identidad y tiene que ver con el origen y con el destino, con las raíces y con las "alas" de una persona o de un grupo. Ayuda también a explicar las transformaciones que el grupo ha vivido. Para nada es sinónimo de algo sin fundamento o sin verdad y menos de error o engaño. Es una narración creída como verdadera por el grupo que la cuenta y la usa para transmitir y revelar grandes verdades de un modo original.

¹⁹ “Considero un abuso y una falta de respeto el presentarse para servir una causa noble como la del Evangelio y la del hombre sin la debida preparación o sin la capacidad de diálogo y de la lectura de los signos de los tiempos” (H. Schalück, la promoción del estudio en la Orden Franciscana, p 75).

²⁰ AAVV, Audacia y lucidez, J. Mc Grath, Marianistas y cultura norteamericana. Editorial SM, p 133-144

Con los mitos se toca el alma y el corazón del pueblo sencillo. Conviene señalar, también, que el mito no es fruto de la imaginación de un sólo individuo sino una narración recibida y transmitida a través de una revelación, una visión o un sueño. En el mito hay trasfondo histórico y grandes intuiciones antropológicas. Sobre todo las leyendas demuestran el interés de una comunidad por un determinado personaje o por un suceso que condensa los mitos que deben pervivir en el seno de un grupo.

El espíritu racionalista ha querido terminar con los mitos de la vida cristiana y marianista. A veces lo ha conseguido. Cuando eso ha ocurrido el precio que ha hecho pagar ha sido muy alto. ¿Por qué estos mitos marianistas son conservados y tienen su importancia? ¿Por qué se les valora? ¿Cuáles son los que tienen que ver con el momento de la fundación... con las nuevas implantaciones? ¿Cómo se pasan a las nuevas generaciones? Hay algunos mitos en la vida marianista. La nuestra, como el resto de las subculturas, trata de cultivarlos. No faltan los personajes un poco mitológicos en la misma. Algo de mito, en el buen sentido, es la historia repetida de un P. Chaminade que ya viejito se acercaba a la imagen de la Inmaculada que había en el noviciado de San Lorenzo en la que el pie de María aplasta la cabeza de la serpiente. El gesto se acompañaba con la evocación de las palabras del Génesis: *Ella te ha aplastado y te aplastará la cabeza*. Detrás de ese gesto había una concepción del misterio de María Inmaculada como un misterio de combate y de victoria; un símbolo y casi un mito de la victoria del bien sobre el mal. A esa victoria tenía que sumarse la Familia marianista.

Mito han sido en algún tiempo nuestros hermanos japoneses y sus historias y las de los religiosos europeos y americanos que en ese país trabajaban. Giraban en torno a esos poéticos nombres de los colegios marianistas en ese país como “Estrella de la mañana” o “Estrella del mar”. En esa manera de llamar los colegios se juntaba María, tradición poética japonesa y profundo espíritu religioso. En mito se han convertido los sencillos comienzos de la Universidad de Dayton hoy un prestigioso centro de educación superior de USA. Todo comienza con la llegada a Dayton de tres religiosos, entre ellos el P. Meyer, en una diligencia tirada por un caballo. Algo de mito se ha montado en torno a los inicios del Grupo Editorial SM en unos talleres en los que todo era manual y donde se hicieron los primeros libros con una paciencia y perfección increíbles. Todos estos mitos sirven para crear, conservar y transmitir el misterio de la vida marianista. Este misterio pone encanto y pasión en la vivencia y en la celebración de la vida marianista. El mito hace humana la racionalidad de la persona y la coloca en su lugar. Es un acierto saber evocar los auténticos mitos de la historia y de la tradición marianista.

5. Motivaciones y sentido

Todo grupo necesita poder expresar el sentido de su historia o de las intuiciones que ha tenido y de las que ha vivido para percibir, ver, entender y concebir su realidad. Necesita sentido y motivación. Necesita formular su credo. Precisa poder expresar ese sentido. Así adquiere identidad y comprende mejor su estructura interna y la finalidad y función que tiene dentro del conjunto del acontecer histórico. Ese sentido lo da la razón y el sentimiento, la cabeza y el corazón; es intuición y perspectiva. Se identifica con los por qué del marianista.

Ese sentido y el por qué de su vida se expresa en frases y en decires que con frecuencia se recuerdan. Se hacen presentes, también, cuando se viven momentos importantes y tenemos que situarnos entre el principio y el fin y evocar las profundas razones tanto para nacer o hacer nacer como para morir o hacer morir o terminar. Entonces se renueva la fe y la creencia. Constituyen lo que bien podríamos llamar el trampolín para sumergirnos en la acción o en el sentir hondo. Recogen lo que confesamos y creemos.

En la cultura marianista hay cuatro niveles de propuesta, de mover a la acción. Niveles que encontramos perfectamente reflejados en las personas y en los documentos que alimentan su fe.

- El nivel de motivaciones

Son bastantes los artículos de nuestros documentos de familia que nos dan motivaciones para vivir sencillamente, hacer oración diariamente, reunirnos en oración al pie de la cruz; testimoniar comunitariamente la presencia de Jesús, compartir los bienes, luchar contra la pobreza, reflexionar sobre lo que creemos y esperamos. Nos ofrecen unos por qué, nos mueven a hacer lo que se nos pide hacer. La purificación de las motivaciones y el enriquecimiento de las mismas es un gran desafío para cada uno de nosotros. También es importante llegar a compartir las mismas motivaciones por parte de todos los integrantes de un mismo grupo. No siempre son las mismas las intenciones o motivaciones por las que los padres llevan a un hijo a un colegio marianista que por las que los recibimos los marianistas que lo dirigimos o en él trabajamos.

- El nivel de criterios

El marianista tiene que ser y que proceder. Antes de llegar a la acción precisa además de motivaciones necesita criterios para optar por lo que es más oportuno y por el modo más acertado, para hacer una cosa o la otra. Los criterios ponen luz en nuestro camino para saber por dónde andar y cómo avanzar. Evitan que nos equivoquemos. Nos sacan de la oscuridad o de la acción ciega o alocada.

- El nivel de actitudes

En otros momentos se nos pide desarrollar actitudes: ser hospitalarios, audaces, comprometidos con los pobres, sencillos, alegres. Estas actitudes se tienen que manifestar; se tienen que hacer visibles en comportamientos concretos. Por supuesto, se tienen que ejercitar y desarrollar.

- El nivel de acciones

Determinadas reflexiones y propuestas nos llevan a la realización de acciones concretas. Nos señalan acciones precisas que tenemos que llevar a cabo para ser marianistas. Cada día hay que dedicar un tiempo a la oración, cada semana o cada dos semanas toda comunidad, laica o religiosa, se debe reunir para crecer como grupo, cada jornada se renueva la consagración a María, el servicio al pobre no puede faltar ya que nace de una fe que se expresa en la caridad.

Todas estas dimensiones de la cultura son motivadoras. En su conjunto nos ofrecen un dinamismo vivo que nos mueve hacia delante. Desde luego, las palabras nos motivan; pero no menos las imágenes. Las imágenes y las palabras son dos vehículos de expresión de una cultura. La imagen es primero y precisa de la luz para ser vista y comprendida. Desde la luz se ilumina el misterio y se parte a la acción y a aclarar la trama de nuestras vidas. El típico "homo videns" de nuestros días pide imágenes para

moverse a la acción. El ha sido el creador de lo visto. Actualmente las señales visivas son muchas y son un lenguaje fuerte que para algunos se convierte en un lenguaje efímero a pesar de que nacen para que los hechos sobrevivan al tiempo y a lo inmediato del presente. Así una cultura se hace visible y entra en quien tiene los ojos y los oídos abiertos y se hace presente a la realidad de la vida.

Las palabras precisan recuperar fuerza. Lo que revela al hombre al hombre es la comunicación. Pero no hay duda que uno de los dramas de la humanidad actual es la separación y distancia entre la imagen y la palabra. No se sabe dar palabra a algunas imágenes fuertes de nuestro mundo o se dan palabras que no son adecuadas. Hay palabras que llegan sin imágenes y por ello carecen de fecundidad. Este es un gran desafío también para la cultura marianista que busca entrar por los ojos y contagiar sus valores y contenidos.

6. Símbolos

El ser humano es un animal de símbolos. El símbolo se dirige a la persona entera, a la inteligencia y al sentimiento. Por ello es tan elocuente, insinuante y movilizador. Los símbolos son vehículo especial de la experiencia religiosa. Llevan a un lenguaje que no es demostrativo ni científico. Corresponde a un modo de hablar que sugiere y al sugerir abre a nuevos mundos. El lenguaje quiere y puede revelar mucho pero hay que ayudar a que brote el sentido. El cristianismo es una religión profética y preñada de simbolismo. En él, incluso la palabra se despliega a través de imágenes, alegorías y relatos simbólicos. Así habló Jesús y la Biblia entera²¹.

Los símbolos son objetos que despiertan los sentidos, evocan emociones y mueven a las personas a la acción; son un fragmento que transparenta la totalidad y conduce a la realidad más honda y por ello no se les puede captar de una manera unívoca. La elaboración de los símbolos es uno de los desafíos de la cultura que quiere encarnar y transmitir los auténticos valores que representa (²²). Los buenos símbolos vienen de una alma de artista; de un gran convencido y de unas personas con mucha capacidad para convocar. Son un lenguaje que ayuda a decir valores y a traducirlos en comportamientos y acciones.

El símbolo evoca y convoca; no exige pero tampoco rechaza la racionalidad. Sugiere una reacción tal que puede ser diferente según las personas y según las situaciones de las mismas. Los símbolos convocan a las personas las más diversas en lo religioso y en lo político, en lo social y en lo económico y lo hacen para revelar y hacer aflorar lo más íntimo de cada ser humano y lo más rico de su existencia.

²¹ Floristán, C. 10 palabras claves sobre símbolos del cristianismo, Estella, Verbo Divino, 2005. En este libro el autor analiza 10 símbolos propios del cristianismo. Merece la pena enumerarlos: el aceite, bálsamo de unción; el agua fuente de vida; la asamblea, reunión de cristianos; la Biblia, libro de la palabra; la comida de los pobres; la señal de la cruz; la fiesta, tiempo sagrado; la luz de la fe; el Reino de justicia y de compasión; el templo, casa de los cristianos.

²² El símbolo no puede evitar que demos prioridad a los valores sobre los símbolos mismos; tanto en el AT. como en el NT. Dios ha dado la importancia primera al significado sobre la forma, al valor sobre el símbolo: "Quiero el amor y no el sacrificio, el conocimiento de Dios y no los holocaustos" Os. 6,6; Joel,2,13; Salmo 51,18, Ger. 31,33

El cristianismo es una religión preñada de simbolismo. Por una parte posee la fuerza escudriñadora e incisiva de la Palabra de Dios; por otra sus pilares son los sacramentos, símbolos por antonomasia. A su vez, cada uno de los sacramentos lleva consigo una cascada de signos complementarios que dan plenitud a su contenido primigenio. Todo ello da para que el cristiano tenga el gusto por el lenguaje simbólico tan necesario en nuestra vida. *“A Dios se le encuentra en la contemplación más que en el razonamiento”* (Evdokimov). Para contemplar y ver a Dios son imprescindibles los símbolos²³.

Las culturas originan símbolos y les dan sentido y significado; también les cambian y les adaptan. Además inician en el símbolo. La cultura marianista no debe renunciar a estas tareas. Se puede afirmar que es sobria en simbología y quizás más de lo conveniente. No renuncio en este momento a hacer algunas preguntas que se podrían haber formulado en los temas precedentes. Las he querido hacer en este apartado porque es más concreto y pueden llevar a una mayor creatividad. ¿Cómo ves la fuerza de la cultura marianista para crear símbolos? ¿Ha habido cambios de símbolos entre los marianistas? ¿Por que? ¿Cómo? ¿Cuál fue la motivación? ¿Cómo se han creado nuevos símbolos?

Un símbolo muy marianista es la Virgen del Pilar. Ese símbolo nos revela valores y nos lleva a la fortaleza en la fe, a la ternura maternal y filial, al desafío de la misión, a la protección constante y a nuestros orígenes. Hasta un cierto punto nos introduce en el mito marianista. Este símbolo suscita la espontánea oración: Santa María del Pilar, dame fortaleza en la fe, seguridad en esperanza y constancia en el amor.

¿Serías capaz de detectar algún símbolo propio de tu propia familia? Un buen desafío para todos nosotros es llegar a identificar los principales símbolos que se usan entre los marianistas. ¿Cuáles son los símbolos que en la sala en la estamos nos hacen ver, sentir y creer en los valores marianistas? ¿Cuáles son los símbolos que todavía guardan sentido y cuáles no? ¿Cuáles serían los símbolos que ya no están presentes en la vida marianista y tú querrías verlos? ¿Podrías citar algún símbolo que ya no está presente en la vida marianista y tú querrías que sí lo estuviera? (²⁴).

²⁴ 1. Rituales y símbolos en nuestro pasado: Trata de recordar los rituales y los símbolos que hemos tenido en nuestra vida marianista como individuos, comunidades y provincias:

-¿Hay algún ritual o símbolo que ya no está presente en la vida marianista y que querrías que formara parte de la misma hoy día?

-¿Hay algún ritual o símbolo que no está presente y que estás contento de que haya desaparecido?

2. Rituales y símbolos en el presente: Hay rituales y símbolos en nuestra vida de los que no somos conscientes.

-¿Que hay en una jornada ordinaria y en una semana de mi vida marianista que es un ritual o un símbolo?

-¿Qué hay en los diferentes lugares de la casa que pueden ser considerado como un ritual o un símbolo? ¿Qué otros rituales pueden suceder en esos lugares? ¿Qué símbolos faltan en ellos?: sala de estar, de comunidad, cocina, comedor, capilla...

3. Símbolos y rituales en la ciudad en la que vivo: Recorre las actividades de tu grupo marianista en el último año y trata de señalar cuáles de ellas para ti son verdaderos rituales.

4. ¿Cuáles son los valores que están presentes en estos varios símbolos y rituales? ¿Cuáles de estos valores debemos guardar con verdadero cariño ya que tiene que ver con la identidad marianista? ¿Cuáles de estos valores los estamos viviendo como marianistas?

Los símbolos que siguen hablando a las personas en la actualidad son también los que los hombres y mujeres recibimos ya en nuestro origen. Por ejemplo, para la apertura de los juegos olímpicos se ha tratado de recuperar el rito del fuego que se remonta a la antigüedad griega. De hecho todos los símbolos de las grandes religiones se comunican entre si en una cierta forma. Quizás este común fondo simbólico no sea muy perceptible en nuestros días y en nuestros países ya que la técnica nos ha desligado o alejado del contacto con la naturaleza. Con todo, no podemos inventar símbolos religiosos como inventamos eslóganes publicitarios. Por eso, a la cultura marianista quizás le venga bien dar más fuerza y espacio a los símbolos más esenciales como el fuego, la luz, la sal, el agua... Todos ellos los usan. Nos pueden hacer descubrir la inmensa fuerza que en ellos encontramos. Lo podemos descubrir en este sencillo ejemplo donde quedamos impactados por todo el simbolismo que tiene la palabra “fuego”. El discípulo se le acerca al Abad José para pedirle un consejo.

-“Padre, ayuno un poco. Oro y medito, trato de vivir en paz en lo que de mi depende, procuro purificar mis pensamientos. ¿Qué más hace falta?

Entonces el abad José se puso de pie y extendió sus manos hacia el cielo. Sus dedos se volvieron como llamas de fuego y le dijo al discípulo:

- “Si quieres puedes ser todo fuego”.

7. Ritos

No nos faltan a los marianistas. Pero tenemos pocos. La nuestra es una vida poco ritualizada. Para todo marianista, laico y religioso, la reunión comunitaria es un rito. Algo “sagrado” que no puede faltar, que tiene su frecuencia establecida. Hoy los laicistas buscan desesperadamente los nuevos ritos que llenen el vacío de los tradicionales ritos religiosos. Nosotros tenemos, también, la tarea por delante de crear o recrear algunos ritos de tono postmoderno y marianista y por supuesto de identificar los que ya tenemos y celebramos.

En la Familia marianista ha habido siempre unos ritos de iniciación y otros de paso de una etapa a otra como miembros de ese grupo. Estos ritos han sido y son parte importante del proceso de socialización como tal. En todos los grupos de la Familia marianista el retiro es otro de esos ritos; otro importante es la entrevista personal de preferencia con otro marianista para confirmar la propia fe.

Un rito repetido y consagrado es la oración de las tres. Es una estupenda escuela de la audacia y lucidez. Se trata de un verdadero compendio de fidelidad creativa porque nos afirma de manera única la memoria y la celebración de un acontecimiento importante de la historia humana. Nos centra, nos da originalidad y nos sitúa en la buena dirección de la marcha de la humanidad. Es una sencilla rutina diaria que nos coloca en un momento intenso y liminal de la vida humana. Momento central de la identidad y actividad de toda la Iglesia porque evoca la cima del amor de Cristo a la humanidad representada en María y en Juan. Ayuda a asumir una disposición de absoluta disponibilidad y de gran generosidad, el “momento de ponernos a nosotros mismos en actitud de hacer lo que él nos diga”²⁵ y de aceptar morir para vivir.

Hay ritos para iniciar tareas, acontecimientos, presencias. Existen ritos religiosos y también

²⁵ Roten, J. Deepining moments, Nacmus, 1991

de convivencia, de identificación y de comunión. El estudio de los mitos y de los ritos no es fácil; pero es importante. En la historia de la antropología cultural han sido decisivos. Con estos dos aspectos se responde a preguntas importantes de la vida marianista; con el mito al por qué de nuestra vida y con el rito al cómo de la misma.

Los símbolos y los mitos mueven a la acción. Cuando esto ocurre las acciones se pueden convertir en ritos. El rito nos envuelve en la acción, más aún, es un comportamiento sagrado. Los ritos tratan de articular y expresar determinados sentidos y significados, transmitir mensajes y valores y dan forma y expresión a las relaciones sociales. En el rito se participa y se vive; el rito no admite espectadores; pide actores y protagonistas. Crea comportamientos.²⁶

Los ritos nos ayudan a reencontrarnos con el misterio; no cobran fuerza si no le precede una iniciación en el misterio. Los ritos se renuevan y se repiten pero no pueden dejar de abrirnos a algo más que el mismo rito. Para ello, el rito deberá ser bonito, no le puede faltar una cierta solemnidad y ubicarse adecuada y armónicamente en el espacio y el tiempo. El efecto del mismo será el despertar el ingenio (ingeniar a las personas) y juntarlas y conseguir que lleguen a hacer comunión²⁷.

El rito es para celebrar la vida; algo que ya ha tenido lugar y por eso se conmemora o se refiere a otra cosa que tendrá lugar y que en cierto modo se anticipa. Se puede celebrar el hecho de haber alcanzado o querer alcanzar una vida marianista abundante; o el hecho de que un marianista haya nacido en un lugar o haya durado 25 o 50 años en el matrimonio o en la consagración religiosa; o el que un grupo decida hacer de muchos uno (en eso consiste el inicio de una nueva comunidad).

Detectar los ritos/rituales comunitarios de la propia comunidad o de la familia marianista es descubrir cómo celebra y comparte, cómo se alegra y sufre, cómo se inicia en esa vida y cómo crece. De hecho algunos logran hacer un rito de su vida. No sólo porque la celebran sino, sobre todo, porque la meten en esquemas de acción de gracias, de perdón, de súplica y de alabanza y así por una parte la contienen y por otra la relanzan.

Frente a estos ritos o rituales ¿cuáles han sido los más mantenidos en la Familia marianista y hasta qué punto su coreografía está bien aceptada y comprendida? ¿En qué medida esos ritos y rituales se les ve como mediaciones de un espíritu y con una función específica de la que se es consciente o solamente como ritos ritualísticamente conservados o observados?. ¿Hasta qué punto se conoce su historia o su evolución? ¿Qué ritos han caído en desuso y por qué? ¿Existe un proceso o procedimiento pedagógico para introducir a los nuevos miembros en los ritos concretos? ¿Quién se preocupa de eso entre los marianistas? ¿Cómo ritualizar la vida marianista hoy? ¿Cuáles son los ritos que estamos creando?

²⁶ El rito tiene como tres momentos: hay un estadio de separación, otro de transición y otro de incorporación; para entender bien el mito es conveniente ver en él una metáfora radical que se sitúa en una posición contra estructural que se pone al servicio de la metáfora radical y desemboca en la liminalidad que se vivirá en comunidad. (V. Turner, *Image and pilgrimage in christian culture*, NY. 1978 y *Dramas, fields and Metaphors: symbolic action in human society*, London, 1974)

²⁷ Hay que distinguir el rito del ritualismo. El ritualismo ha matado la vida de los ritos. Ha desconectado el símbolo y el rito del misterio; la conveniente repetición ha desvirtuado el rito.

Vamos a comentar un rito que ha desaparecido y que no ha dejado huellas. Un rito que no ha sabido transformarse. Un claro rito de la vida marianista era, entre los religiosos, el Capítulo de culpas. La intención del mismo no era otra que ayudar fraternalmente a los religiosos a ser santos y para ello a reconocer y confesar públicamente sus faltas públicamente para ejercitarse en humildad. Ese rito lo recuerdan los religiosos mayores y generalmente va acompañado de la evocación de algo humillante y a veces falto de verdad y sinceridad. Uno se acusaba delante de los demás y le acusaban de las faltas externas cometidas. El Superior le daba una penitencia. Por supuesto, es bueno que se haya suprimido. Pero es bueno que nos preguntemos: ¿Qué es lo que ha sustituido este rito? ¿Cuál es el rito que tenemos ahora para conservar y desarrollar este valor del reconocimiento de las propias faltas y el deseo de que quienes viven con uno pueden llegar a tomar conciencia de ellas y sobre todo de aquellas que apagan o reducen el estímulo colectivo o comunitario a la santidad?

Una tarea importante que podemos darnos sería la de detectar los ritos individuales y verificar cómo se fueron incorporando a la propia vida y qué es lo que determinó esta formación ¿Cuáles son las modificaciones rituales que percibes en tu propia vida? ¿Cuáles son los principales rituales de tu comunidad, o de la Familia marianista? ¿Cuáles son los ritos que nos piden nuestros documentos? ¿Cuáles son los ritos del fin de semana? ¿Los ritos de nuestra devoción a María? ¿Cuáles deberían ser los elementos originales de una misa llena de espíritu marianista?

8. Los modos de celebrar y organizar las fiestas típicas; la manera de vivir el dolor y de expresarlo

Como acabamos de ver hay una tradición celebrativa en la Familia marianista como existe en toda cultura. Se celebra la vida y los acontecimientos de la misma. Celebramos de una manera especial a María. Nuestro modo de celebrar es familiar, muy participativo y comunitario. Se prefiere la participación a la solemnidad y la palabra al silencio. En la celebración se destaca más la súplica y el agradecimiento que el perdón y la alabanza. En ella se juntan las maravillas obradas por Dios y también por las personas que son protagonistas del acontecimiento. En la celebración no suele faltar la palabra de Dios, la música y el canto y la palabra explicativa tanto del que celebra como del que es celebrado. Se celebra de un modo especial la fidelidad, el nacimiento, los aniversarios, la muerte, el éxito personal o compartido. La celebración religiosa se continúa con la comida y la bebida. Se junta la mesa a la misa.

En una palabra, la celebración se hace fiesta; tiempo gratuito, festivo, alegre, pausado. El sabbat judío nos ayuda a entender bien la dimensión antropológica de la fiesta. La fiesta tiene su ritmo; no todos los días pueden ser fiesta. Perdería su encanto. Por eso, la fiesta se espera con ganas y en parte se prolonga con gusto.

El dolor se acepta y se asume y también se celebra. Apenas se combate. Se vive en silencio. La imagen de María al pie de la cruz inspira nuestro modo de vivir el dolor y también nuestra compasión. Curando el dolor y la enfermedad nos visitan éstas desafían la capacidad de resistencia de la persona. Saber gozar y saber sufrir bien son aspectos cuidados por las diferentes culturas. Miden, de hecho, nuestra calidad humana.

La Familia marianista ha recogido en un libro lo que son sus oraciones propias o características. Es el acervo de su saber orar. Esto es parte de su cultura. También tiene otro libro que recoge sus celebraciones litúrgicas. La edición inglesa tiene una gran riqueza. Ritualiza y ayuda a celebrar los grandes acontecimientos del marianista: algunas fiestas y aniversarios; algunos eventos, como el inicio del servicio de Provincial o de superior de una comunidad o del comienzo del noviciado y de las diversas ocasiones en que se hacen o se renuevan compromisos. El libro de oraciones es un testigo de nuestra tradición. Recoge oraciones de nuestro pasado y de nuestro presente. Algunas vienen del tiempo del P. Chaminade. Todas ellas contribuyen a que los marianistas lleguemos a tener un solo corazón y una sola alma. Aquí también podemos decir que la familia que reza unida vive unida.

9. Modo de vida

Los modos de vida en la Familia marianista se han vivido y establecido en función de la tensión entre varios elementos: entre una vida laical y una vida religiosa, entre una vida apostólica y una vida monástica, entre lo masculino y lo femenino, entre naturaleza y gracia, la inmanencia y la trascendencia de Dios y entre la pobreza y la justicia y el bienestar y el consumo, entre la búsqueda de lo que Dios quiere y es discernido y lo que sentimos. Estas definiciones han estado orientadas por un triple principio: siempre di lo que sientes, haz lo que piensas y comparte lo que haces.

La persona humana está colocada en la cultura marianista en el centro de sus preocupaciones. La cultura actual y el Concilio Vaticano II han reforzado esta tendencia. Tendencia que no es necesariamente expresión de individualismo y de subjetivismo. Estos vacían todo proyecto auténtico de realización personal. En la propuesta marianista no se apunta a que cada uno quiera hacer lo que le venga en gana. *Se apunta a un subjetivismo abierto a los demás y marcado por el ritmo de los demás. No hay duda que se va dando cada vez mayor sensibilidad hacia las necesidades personales y las situaciones concretas de cada individuo pero se advierte que para bien responder a esas necesidades hay que hacer propias las de los otros.* Así se a cada marianista al servicio responsable al grupo. No se puede ignorar que los peligros no faltan: instalación en la mediocridad del conjunto, instalación ante los problemas que no nos afecten directamente, confort de vida, consumismo ablandador de actitudes definidas y mitigadoras de esfuerzos.

No hay duda, también, que es indispensable que la atención a las situaciones personales deberán primar sobre lo institucional. Pero las personas se tienen que abrir a las necesidades de los demás. *Esto se soluciona cuando en la Familia marianista no falta un verdadero liderazgo en la conducción. Cuando hay hombres y mujeres que tienen la autoridad y la fuerza que poseen las figuras de mucha y definida fe.* Son las que han conducido la historia de la Iglesia y también esta familia espiritual. Estas personas no necesitan mandar para que se les obedezca. Conducen por su propio peso específico. Por sí mismas proponen sin imponer un modo de vida y lo transmiten por contagio.

El modo de vida del marianista está marcado por la sencillez, el servicio, la alegría y la fe. En el pasado las Constituciones de los religiosos terminaban con un capítulo excelente que se titulaba las virtudes características del marianista. Era una descripción del modo de vida marianista marcado por las actitudes que se querían desarrollar. De ese capítulo, hecho en

contexto de postmodernidad, estamos necesitados en la Familia marianista en nuestros días.

Este apartado nos lleva a recordar que nuestra sociedad está elevando al rango de modelos a hombres y mujeres cuya única acreditación es el éxito fulgurante en el ámbito de la riqueza, del saber o del poder. A veces se reivindica el poder de lo efímero o de la moda, del éxito fácil. El modelo de conducta del marianista es el que corresponde a un modelo religioso. En él es básica la relación con Dios. Esta relación es frontal y debería resultar espontánea. De ella nace todo. Es relación fecunda. Al marianista no le van las grandes estructuras sociales. Prefiere las relaciones cotidianas de las personas y de los grupos. Aparece así una sociología de la vida cotidiana, una historia hecha de lo cotidiano y de la vida ordinaria²⁸. Cotidiana es la familia. En nuestra tradición se deposita la confianza en el ámbito más privado de uno mismo: la familia. El refugio y la compensación que se busca se encuentran en la vida familiar.

Axiología y cultura son como el sístole y diástole de un grupo. En este caso se trata del grupo marianista. En nuestra cultura hay valores. En nuestro modo de ser se da la encarnación de determinados valores. La axiología nos ha ayudado a seleccionar los que consideramos prioritarios en este momento histórico, a asimilarlos adecuadamente y a transformarlos en actitudes y en acción. Por ellos nos sentimos inmersos en una cultura y la cultura se nos mete por los poros.

El ámbito público y masivo es menos buscado y apreciado. Reivindicar al hombre y a la mujer como persona, reconstruir la persona humana, atender a sus necesidades incluyendo sus limitaciones, estar en continuo peregrinar hacia su propio ser mejor, está por encima de otros planteamientos que lo cosifican, lo reducen a las exigencias de la ley de la oferta y la demanda. El hombre es fin en sí mismo, es lo no clasificable. A la persona humana hay que reconstruirle si queremos reconstruir el mundo²⁹.

La cultura marianista ha producido modelos de conducta y de persona. Ha encarnado valores, los han intensificado y se han identificado con determinados roles o cometidos. Han encarnado con sus vidas una forma de ser. A quines han asimilados estos valores les han seguido. Cuando uno mira a este grupo de hombres y mujeres – no podemos ni debemos hablar de ejército- *los marianistas se encuentran entre los educadores y formadores, los confesores y servidores y entre fraternos y “actores”*. Acudiendo a la tradición de la Iglesia podemos afirmar que son más contemplativos en la acción que activos en la contemplación.

²⁸ “Nunca como antes nos hemos recogido dentro de nosotros mismos, nunca como antes el individuo se ha mirado dentro de sí y se ha preocupado de sí mismo y de los suyos cercanos, de su felicidad y de su bienestar, relacionándose superficialmente con los demás o manteniendo relaciones de baja intensidad con las instancias tradicionales de participación social: asociaciones, partidos, sindicatos, iglesia...” (Francisco Andrés Orizo, *Los nuevos valores de los españoles*, Madrid, Ed. SM, 1991, p 15).

²⁹ “Un Padre estaba siendo continuamente molestado por su hijo. Para distraerle, toma de un viejo atlas un folio donde se encontraba todo el mundo; con los estados, las ciudades... a escala muy reducida. Lo parte en pequeños trocitos y se lo entrega al hijo para que componga aquel puzzle improvisado.

“Le llevará mucho tiempo” piensa el padre.

Después de algunos minutos, el niño vuelve con el puzzle terminado y todas las piezas en su sitio.

“Cómo ha sido capaz de realizarlo tan de prisa? – preguntó asombrado el padre.

“Muy fácil papá; en el reverso estaba dibujada la figura de un hombre. He reconstruido primero aquel hombre y el mundo se ha articulado por sí mismo” (Raúl Berzosa, *Parábolas para una nueva evangelización*)

No son muchos los hábitos ni son muchas las costumbres que marcan el diario proceder de la vida marianista. De todas formas, la tradición o tradiciones no siempre las comprendemos bien. Cuesta perseverar en proyectos de crecimiento lento, organizado y a menudo inmensurable. En el fondo, nos cuesta hacer tradición.

10. Historia e historias

Frase de rabino es que “el exilio comienza con el olvido” y de García Márquez que “la muerte no llega con la vejez sino con el olvido”. El olvido se supera con la memoria. Hay una historia de este grupo. Esa historia se ha escrito y se está escribiendo. Para hacerlo se sigue un método que es eco de la reflexión que estamos haciendo. La historia de esta familia es la relación del modo cómo los marianistas han ido respondiendo a los desafíos que la sociedad y la Iglesia le han ido presentando. Esos desafíos han sido religiosos, sociopolíticos, económicos y culturales. El marianista ha respondido a esos desafíos desde lo que era y es, desde la cultura matriz y, al mismo tiempo, agrandando esa cultura y multiplicando sus expresiones.

Ese modo original de ser y de responder al medio está salpicado de pequeñas anécdotas. Son las florecillas de la vida marianista que esperan pasar a la pintura, al canto, a la poesía o a la prosa. Algunas han traspasado las fronteras del grupo marianista; pocas. Las más de ellas están en boca de los marianistas esperando que alguien las recoja y las “inmortalice” escribiendo el mejor libro sobre la cultura marianista.

En estas historias las fechas y los lugares son importantes. Más aún, lo son las personas y los acontecimientos, los protagonistas y los actores. Estos han adquirido talla de tales desde la visión grande y el servicio generoso.

Hay dos historias posibles de un grupo: la que se escribe de modo científico y preciso y la que se hace a partir de la anécdota. Las dos precisan tener en cuenta el contexto cultural ya que la vida real de los marianistas surgió en ese contexto y para ese contexto. Sin embargo, la historia que se haga a partir de la anécdota pondrá más en evidencia el encuentro entre el carisma y el contexto histórico y llevará mucha garra y mensaje al mismo tiempo que sencillez y cercanía. Bajará de los principios al diario acontecer. Las "florecillas" de San Francisco o "Cosas marianistas" han nacido con esta intención.

Un recuerdo especial quiero hacer en este momento de J. Janssen. El se preocupó de recoger lo que tituló “The first” de nuestra familia. Trató de hacer la reseña de todos los comienzos, pequeños o grandes, que se han dado en esta Familia marianista. La primera persona que llega a Puerto Rico, la primera profesión de un puertorriqueño, la primera muerte, la primera parroquia, la primera comunidad CLM... Esta historia nos remite a los comienzos y todo lo que ha comenzado por la fuerza del Espíritu en la Familia marianista o por medio de la Familia marianista en la sociedad o en la Iglesia.

¿De qué tipo son las anécdotas más frecuentes entre nosotros? ¿Hacen relación al modo de ser o a la actividad más habitual de los marianistas? ¿Cómo se hace la caricatura escrita o hablada y la dibujada del marianista? ¿Qué chistes se cuentan de nosotros? ¿Qué anécdotas contamos de nosotros?

Es importante señalar algunas que se cuentan en el grupo al que se pertenece ya sea de

comunidad, de obra y de la Familia marianista. Es importante, también, recoger ese material, tan rico y tan expresivo.

11. . Costumbres formales e informales

Costumbres son el conjunto de usos que marcan el carácter distintivo de un grupo y dejan con un determinado modo de actuar. Las personas llegan a tener un actuar facilitado y marcado por la repetición y el hábito. Se acostumbran a determinadas acciones o reacciones. Por supuesto estas costumbres pueden ser buenas y malas. También pueden ser de largo alcance o acciones de poca envergadura. Nos referiremos sobre todo a las primeras.

Una de ellas es la *creación*. Esta nos lleva a tomar conciencia de una gigantesca energía que nos abre al dominio del existir poético. En la tradición marianista se tiende a crear; a ver la llama de las cosas; a desear hondamente. Dios para el marianista, sin dejar de ser el poder grande, es la bondad suma que se difunde y crea. Sus huellas quedan en todo. Y la exigencia de continuar la tarea del Padre creador se refuerza en cada persona. Ahí encontramos el sentido de lo sagrado³⁰. El hombre es una cosa sagrada para el hombre como nos había recordado ya Sócrates. El respeto hacia esa obra creada con novedad y fuerza está muy presente en el educador y formador marianista. Al mismo tiempo ha experimentado que su tarea era una *poiesis*, un parto, una creación. Su tarea no puede ser de otra forma ya que como el Maestro Eckhart se dan cuenta que “*Dios nace en su alma*” ya que Dios no existe sin la conciencia de los creyentes y en esa conciencia creyente se transforma en fuerza vivificadora.

El creyente cristiano llega a confesar que Dios *tiene una matriz compasiva y entrañas de misericordia*. Entrañas corresponde al órgano de la reproducción femenina. En una palabra, Dios es acción creadora (bondadosa) y quien realiza esa creación participa de Dios. Entra en su proyecto que no es otro que el Reino de Dios y su justicia. Quien cree en la acción creadora de Dios termina creyendo en la de las personas humanas. Vive de la fuerte convicción de que el ágape acabará triunfando sobre el mal y sobre la muerte. Para comprobarlo habrá que ponerlo en práctica y demostrar que el bien triunfa sobre el mal. Cuando esa convicción está presente se transforma el esfuerzo en gracia en todos los registros de nuestra vida.

Otra costumbre y muy importante en la Familia marianista es la natural tendencia de esta cultura *hacia la adaptación e integración, hacia una postura conciliadora*. ¿Es una normal consecuencia de la centralidad de la encarnación en nosotros? Puede ser. De todas formas, cuando un grupo se centra en la encarnación, en la inserción, da un buen paso. Pero debe saber que da solo el primero. Faltan otros. Estos nos evocan la totalidad de la experiencia de la fe cristiana. Tiene que venir el siguiente paso. Lo que se asume se transforma o por lo que se asume uno se transforma y para ello hay que llegar a una verdadera pasión. La cruz lleva a la luz.

³⁰ “Poéticamente habita el hombre la tierra,
creando la idea de Dios.
Poéticamente, a través del hombre,
Habita Dios la tierra (Hölderling).”

La etapa de sufrimiento transformador nos la hemos saltado con alguna frecuencia en la vida marianista. Después de ella viene la resurrección, la vida nueva, la vida maravillosa; y todo apunta y termina en Pentecostés. Con este paso la vida se multiplica y se universaliza. Nos hacemos para todos; nos universalizamos. La diversidad se vive en comunión. Nos hacemos el hombre y la mujer para todos. Solo así será posible vivir en audacia y lucidez. Ha llegado el tiempo para hablar en voz alta, con claridad y sin miedo. Necesitamos un rato para ser desafiados, para dar vigor y relanzar nuestra tradición de evangelización.

Otra práctica importante ha sido y es *la acción y ayuda social*. De ella existe una tradición en la Familia marianista. Ha marcado mucho su historia. Ha impregnado nuestro dinamismo apostólico de compromiso y servicio. Los medios no pueden faltar para poder responder a las necesidades de las personas. La tradición de “pequeña compañía” nos acerca a los pequeños de la tierra, a los desvalidos y a los que caminan en humildad. La Familia marianista tiene sensibilidad social y política. Pero no se ha inclinado hacia la derecha o hacia la izquierda. Ha ido hacia la concertación que no tiene nada que ver con el centro y el punto medio. Este intento sociopolítico es un gran desafío. Para nosotros la educación ha sido un medio para una movilidad social y para crear una conciencia social.

Preparamos para vencer sin derrotar a nadie y para un competir que suponga compartir. La promoción humana se dirige hacia una solidaridad social a nivel local y global³¹. Se apunta a establecer una red de relaciones cada vez más fuertes entre clases, razas y culturas; y entre los seres humanos y su medio ambiente. Existe la conversión moral y religiosa pero existe, también, la conversión social y política. Se consigue si se camina humildemente con Dios, si se ama tiernamente y se actúa justamente. No hay ningún camino que lleve a una espiritualidad personal y comunitaria auténtica que no incluya la dimensión social.

Otra práctica de gran envergadura es la *transformación*. Acoger la realidad ya es mucho, especialmente si la abarcamos por sus lados más negativos. Pero el reto cristiano va todavía más allá: quiere transformar. Las cosas además de ser como son están abiertas a nuevas posibilidades. Así lo deducimos del mensaje programático de Jesús en Marcos, que es invitación a la *metanoia* (Mc 1,15). Los evangelios están suponiendo no solo la necesidad sino también la posibilidad del cambio.

La transformación es un movimiento que tiene una triple cara en nuestra vida. Toda transformación parte de la situación vital en la que estamos. “De” ella partimos. Esa situación tiene edad, estado de salud, se encuentra marcada o no por la suerte, por un determinado estado de vida, trabajo o profesión, nueva profesión. El “dónde estamos” o el desde donde partimos no puede seguir. Es importante, en un primer tiempo, tomar conciencia de ese *impase*.

Llegamos a la segunda etapa. Cuando vivo un momento de transición algo se termina; algo muere, algo cambia en los cometidos, roles, relaciones, rutinas. Vivimos una pérdida y un correspondiente sufrimiento. Toda verdadera transición comienza con el final de algo. Cuando algo se termina, algo muere y se entra en un tiempo intermedio, en un “entre”, en un “en”, en un período liminar. De él hay que salir y en él hay que durar. No se viven días

³¹ “La acción a favor de la justicia no es solamente causa de la evangelización sino parte integrante de la evangelización... Sin la solidaridad de la Iglesia con los que sufren, sean los que sean, el Evangelio resulta tan incomprensible como increíble (E Schillebeeckx). Tendríamos que mutilar severamente el Evangelio para “purificarlo” de su debilidad para con los pobres de toda condición” (Sínodo 1974).

fáciles cuando se vive en esta etapa de transición. Se está concibiendo y engendrando algo. Todavía no ve lo bueno que puede surgir. Se está entre el ya no pero todavía tampoco sí. Así llegamos a la tercera etapa del proceso.

La etapa de un nuevo comienzo. Si atravesamos las aguas de la transición poco a poco llega a nosotros el sentido de la emoción de algo nuevo que se da en nosotros, que comienza a nacer y a crecer. Es un nuevo modo de ser, de hacer, de convivir, de sentir... Se ajusta a mi historia, a mi sueño, a mi discernimiento. “*Hacia*” lo que hemos llegado me proporciona una rica sensación de novedad, de energía positiva, de propuesta. Esto no ocurre de la noche a al mañana. Toma su tiempo; se fragua, se hace, se gesta. Sobre todo toma tiempo para calar hondo y llegar al “yo soy” o a lo que yo soy. No hay duda que en la vida marianista se ha favorecido el sentido de movimiento y de cambio. Se ha tratado de poner en práctica el proverbio chino: “El principio de la sabiduría consiste en llamar a las cosas por su nombre” y llegar a superar las situaciones de *impase*. No hace bien confundir una etapa con otra, la vida con la muerte, lo que se termina con lo que comienza.

La cultura marianista es una cultura para la transformación y para el amanecer de un nuevo modelo de vida marianista; para la revitalización. Un análisis o discernimiento cultural serio de la vida marianista nos lleva a concluir, como menos, que estamos viviendo un momento de transformación o cambio muy fuerte³². Se está transformando nuestro mundo simbólico y cultural; desapareciendo viejas instituciones y emergiendo nuevas presencias; en su conjunto, sin embargo, nuestra situación es casi caótica. La forma de asumir y realizar el cambio ha sido diferente en cada persona, comunidad y grupo. *Lo que más debe preocuparnos es lo que emerge. Debemos acompañarlo.* Lo más peligroso es volver la vista atrás y restaurar. ¿Cómo es el nuevo modelo de vida marianista que está emergiendo? ¿Tenemos paciencia para esperar que nazca de buena semilla y que crezca? ¿Dónde está naciendo y dónde está muriendo? ¿Cómo hacer la renovación pendiente para que se de este renacer? ¿Cómo volver hoy a lo fundamental carismático marianista?³³.

Una última práctica que querría señalar sería la de la *inclusión*. Incluir ha sido una de las metas de la cultura marianista en su historia; más aún, esta cultura nació inclusiva. El slogan francés de libertad, igualdad y fraternidad facilitaba las inclusiones. Desde un primer momento estaban juntos e interactivos laicos y sacerdotes, hombres y mujeres, profesiones las más diversas, generaciones distintas... Esta mutua implicación de lo diferente se ha manejado siempre con un doble criterio: es más importante lo que es común que lo que es diferente; lo que es diferente puede ser complementario.

La educación en la inclusividad es oportuna en un contexto cultural y social que se acentúan las diferencias, las categorías y las separaciones. No hay duda que en nuestra cultura es exigente y a veces se convierte en imposible vivir en comunión los que son diferentes.

Estas costumbres crean las tradiciones que son tan importantes en las culturas. Las tradiciones mantienen vivas las “semillas del Verbo” en los pueblos los más diversos. Es maravilloso el discurso que Juan Pablo II pronunció sobre este tema en 1989 en Alice Spring, ante los aborígenes de Australia³⁴. A ellos, pueblos indígenas de Australia, les

³² Origins, sept. 1992, pág. 259

³³ Los carismas de la vida religiosa en la Iglesia y en el mundo hoy. Ed. Paulinas, Madrid, 1994

³⁴ Ecclesia, 2298, 10 dic 1989, p 23-25

recuerda que este país vive de lo que ellos iniciaron; a pesar de que han pasado mucho tiempo, sigue sus buenas costumbres. ¿Cómo identificar las grandes tradiciones de la cultura marianista?

12. Contexto físico y material

Los lugares son importantes en una cultura como lo son los tiempos. ¿Qué lugares se eligen para vivir y se asumen para instalarse? Toda cultura está en un lugar y está en un tiempo. Le marcan los continentes, los países, las regiones, las zonas y los puestos preferidos; las fechas y épocas destacadas. Algunas prefieren los lugares aislados y pobres; para otras los de presencia en el corazón de la ciudad. La cultura marianista es de cualquier lugar. Entra y sale, se queda y está en casas grandes y pequeñas. Busca, sí, que sean acogedoras. Le gusta más lo pequeño que lo grande. El tiempo lo ve pasar. Casi diría que es una cultura de la prisa.

Un punto importante para una cultura son los desplazamientos que ha vivido. Los hay visibles e invisibles, virtuales y reales, temporales y para siempre. Estos últimos afectan significativamente a las personas. Suelen ir acompañados de conversión profunda. Rara vez nos dejan indiferentes.

La cultura marianista ha sabido peregrinar por los diferentes continentes y países; en algunos que algún día estuvo ya no está; en determinados ciudades o regiones estuvo presente y fue influyente y ya no lo es. Por supuesto que en otros en que no estuvo sí se ha hecho presente últimamente. La geografía de nuestra cultura nos lleva a hacernos también algunas preguntas: ¿está mucho o poco dispersa? ¿acierta a echar raíces o tiende, más bien, a volar? ¿Ha sabido permanecer o busca más bien lo provisorio? ¿Es una cultura del hemisferio norte o del sur?.

13. El juego de *artefactos*

Son importantes, también, en toda cultura las mediaciones. A algunas de ellas cuesta asumirlas. La mediación social o política es indispensable. Pero no lo es menos la que ejercen los objetos, enseres, instrumentos y artefactos de los que nos servimos para vivir y convivir, para trabajar y comunicarnos. Hay culturas que dan mucha importancia a los medios; otras que son sobrias en el uso de los mismos. Para ellas lo que cuentan son las personas. A las personas cuida, presta atención y prioriza. La acción del marianista es personalizada y personalizadora. Por lo mismo el mal, y en concreto el pecado, es una despersonalización o deshumanización del ser humano. A nosotros nos va bien la concepción de la ofensa a Dios tal como la presenta Santo Tomás. Cuando pecamos “Dios no es ofendido por nosotros sino que nosotros actuamos contra nuestro propio bien”³⁵.

Fuerte la evaluación que hace José Luis Sanpedro de nuestro momento cultural³⁶. A un marianista no debería ser difícil asumirla. La cultura hace, fabrica y produce. La cultura

³⁵ Santo Tomás, Suma contra gentiles, libro 3, cap. 122, n. 2

³⁶ “No puedo acompañaros. Seguíis vuestros carriles que os llevan hacia el norte de vuestra vieja brújula y cada kilómetro adelante os acerca a chocar con vuestros límites. Yo en cambio, camino hacia la vida del sur, hacia el nuevo desarrollo y aunque vaya paso a paso mis progresos resultan positivos. Iré despacio pero en la buena dirección: en la del cambio histórico y el progreso, hacia una cultura que no nos degrade,

benedictina ha sido muy fecunda. Los monasterios han expresado buena parte de su saber hacer en obras de arte, en objetos prácticos para la vida ordinaria, en productos alimenticios o bebidas o productos culinarios o farmacéuticos.

Los marianistas no hemos patentizado gran cosa. Nos servimos de utensilios; de instrumentos para hacer y para transmitir. Usamos lo que los demás nos proporcionan.

14. Valores que emergen de la interacción de lo organizativo

Este es un apartado importante para el tema que nos ocupa. Los valores los expresamos a través de los criterios que tenemos para calificar y apreciar las aspiraciones e ideales que nos animan; y, sobre todo, para decidarnos a obrar y a colocarnos entre el bien y el mal, lo propio o lo colectivo, la cantidad y la calidad, lo bello o lo feo, el amor o el odio...; de hecho coinciden con las pautas éticas, aceptadas o reconocidas, por personas o culturas. Estos valores nos permiten hacer los juicios, las evaluaciones y las decisiones necesarias.

Definir los valores de un grupo es definir sus motivaciones y sus metas. Es un hecho que lo primero en el orden de la intención es lo último en el de la ejecución. Los valores mueven y orientan las intenciones y cuesta ponerlos por obra, alcanzar y lograr su realización.

Los marianistas son un grupo religioso; los valores religiosos son relevantes y originadores y calificadores de todo otro valor. Estos valores religiosos marcan y califican los sociales, políticos, éticos, estéticos, económicos y los ecológicos.

Difícil coincidir en los valores comunes de la vida marianista. Pero me atrevo a afirmar que en su historia han recibido fuerza y han sido destacados varios de ellos. Por mi parte, en esta síntesis que se ofrece todo nace de mi propia sensibilidad. Cuatro serían los valores que pondría de relieve al contemplar esta tradición marianista y este presente: *La verdad, la libertad, la justicia y el amor*, o si se quiere ser más precisos, la bondad. Son los cuatro valores que uno encuentra en el corazón del Evangelio y de nuestra tradición. La verdad es una verdad que nos hace libres; la libertad que conseguimos es para amar; nos liberamos y somos libres para amar. El amor pide la justicia que está movida por la misericordia, y la justicia verdadera necesita llegar al amor. Eso mueve a querer las cosas bien, para el bien, con buenos modos y con ansiedad de verdad y de bien. Todos estamos llamados a enfrentarnos con nuestra verdad que muchas veces es pobre e imprecisa. A menudo tendemos a evitar este momento pero un día u otro la experiencia se impone y se nos hace indispensable; no hay posibilidad de huída.

15. Ideologías

Las ideologías son el fruto de convicciones y creencias sobre el mundo y la realidad social y su manera de operar y de actuar. Es una sistematización de enfoques y de contenidos mentales que se presentan como alternativas de solución de las situaciones. Estos de por sí son parciales o sectoriales pero se proponen o imponen como

como la vuestra, que prefiere el desarrollo de las cosas al del hombre mismo”.

interpretaciones globales, orientadas a la acción y a la implementación de una praxis que en general toca los intereses y los objetivos de los grupos.

El elemento ideológico de las culturas es una parte importante de las mismas; más aún, suele ser fuerte y a veces dominante. Las culturas llegan a estar muy ideologizadas y sobre todo por la sociopolítica. La cultura marianista destaca determinados intereses y da mística para que estas aspiraciones se conviertan en realidad. Lo importante es discernir bien los proyectos en los que uno se embarca. Hay ideología envuelta en nuestra cultura y esta típica cultura marianista ha puesto de relieve determinadas ideologías. Entre nosotros también les hay de derecha e izquierda, conservadores y liberales, democráticos e inclinados a las dictaduras.

¿Tienes una ideología? ¿Cómo la describirías? ¿Está muy ideologizado el grupo marianista que tú conoces? Es muy difícil liberarse de la ideología. Ya se ha hecho famosa la interpelación de Don Helder Cámara en la Asamblea de Obispos del CELAM de Puebla. Al ser cuestionado por varios de sus colegas Obispos por estar, según ellos, muy ideologizado les provocó con una pregunta: “Quien de ustedes considere que está libre de toda ideología que alce la mano”. Por supuesto, la respuesta fue un inmenso silencio en la sala.

Algunos grupos han generado su propia ideología. Lo más frecuente es apropiarse alguna de las que están en el mercado. Sin embargo, las culturas sanas colocan las ideologías en su debido lugar. Pero dan un paso más. De hecho llegan a ofrecer una alternativa política.

16. Normas

La norma es la regla que se sigue para poder determinar cómo debe ser algo o tiene que realizarse un proyecto. Para que en el tráfico no haya caos hay que cumplir las normas de la circulación.

El obrar humano le ha interesado al marianista. Ha tratado de encontrar un poco armonía en tanto pluralismo de pensamiento y de acción. Los marianistas al actuar se alejan de “las normas del sábado” y van a una forma de relación marcada por los cuatro valores que antes hemos recordado: la verdad, la libertad, la justicia y el amor. Esto se extiende a todos los dominios; incluido el religioso. Por tanto, se ha tratado de repensar el anuncio evangélico de un Dios que ya no tiene su templo necesariamente ni en Garizim ni en Jerusalén sino ahí donde se adora en espíritu y en verdad. En la cultura marianista se quieren pocas normas y buenas normas. Se evitan las que abruman y agobian. Las que nacen para ir contra alguien. En el contexto de esta novedad de normas en la cultura marianista con frecuencia se han evocado las que ofrece San Agustín: “En lo necesario, unidad; en lo discutible, libertad; en todo, caridad”. No conviene dejar en el olvido que la letra mata y el espíritu vivifica.

Cuando no somos fieles a la conciencia y a lo mandado “desde” brota en nosotros el sentido de culpabilidad. Es un aspecto importante en los grupos humanos y en las culturas. De un determinado grupo de Iglesia he oído decir que “ni olvida ni perdona”. No hay duda que hay comunidades a las que se les forma y educa para olvidar y perdonar; a otras para perdonar pero no para olvidar y a otras para olvidar y no perdonar. En la Familia

marianista se perdona fácilmente. Y se olvida fácilmente. Se enseña a pedir perdón y a dar el perdón.

Para algunos pedir perdón es un atentado contra la propia dignidad. Más aún, forma parte de un determinado culpabilismo o masoquismo en nuestra cultura de autoafirmación y competitividad. Sin embargo, la experiencia dice lo contrario. Aceptar la propia culpa libera al ofensor del sentimiento de culpabilidad y al ofendido de su herida y resentimiento. Se puede pedir perdón con dignidad y sin sentirse disminuido ni humillado. En la Familia marianista las peticiones de perdón abundan, tanto las privadas como las colectivas. He tenido a veces la impresión que se ha despertado, en el mejor de los sentidos, una nueva conciencia moral.

17. Actitudes asumidas y desarrolladas y el estilo conseguido

Las actitudes son comportamientos que se manifiestan exteriormente; reflejan por una parte estados de ánimo. Crear determinadas actitudes es preocupación de todas las culturas. Así nace todo un estilo.

Para los marianistas *la actitud creativa* ante los valores del mundo moderno y ante su cultura general cuenta mucho. De ella nace una postura básica de esperanza. En el fondo se trata de responder a los retos que se presentan con ardor chaminadiano del “nova bella” y así llegar a tener vida en abundancia. Para crear bien hay que absorber y después recrear. Crear es sacar lo que se lleva dentro. El artista no imita o reproduce. Pone en funcionamiento su imaginación y su sentimiento y así saca lo nuevo que hay detrás de lo visible, lo bello, lo bueno y lo verdadero. Esta creatividad nos lleva a tomar nuevas direcciones. Las propuestas que nacen de esta creatividad son renovadoras, audaces, inspiradoras y sobre todo convocantes.

Otra actitud importante es *la solidaria* entendida tal como la definió el Papa Juan Pablo II. Para él es una actitud que toca todas las dimensiones de la persona. Solidario hay que ser con los demás, con el creado, con Dios y con uno mismo³⁷. Esta solidaridad marianista hace comprender que amar u odiar, esperar o tener miedo, vivir unido o en discordia tienen mucha influencia sobre el bienestar humano. Más que los accesorios materiales que nos traen no solo comodidades sino también complicaciones y de tal nivel que nos llevan a huir de la realidad.

Una tercera es *la humildad*. No encuentro otro nombre más de nuestros días para hablar de una disposición muy marianista. Actitud que lleva, para empezar, a no absolutizar su propia cultura o carisma. Lleva, también, a entrar en un ecumenismo interno en la Familia marianista y reconocer que ninguna subcultura de las muchas en las que nos movemos tiene el monopolio de lo que significa ser humano, de todo lo que es bueno, verdadero y bello. Ayuda a vencer la tendencia a ser simplista y a juzgar las culturas desde la propia perspectiva cultural. Nos capacita y dispone para reconocer las expresiones culturales del carisma, incluyendo las de la época de los fundadores. Estas son limitadas y no deben ser siempre convertidos en normas para todos los demás en

³⁷ “No es un sentimiento de una compasión indeterminada o angustia superficial frente a la desgracia de tanta gente, tanto cercana como lejana. Al contrario, es una determinación firme y perseverante de comprometerse con el bien común; es decir, el bien de todos y de cada individuo, porque somos verdaderamente responsables de todos” (SRS, 38)

épocas posteriores. Esta actitud deja con libertad y objetividad para entender y aceptar que lo nuevo puede nacer de lo viejo y puede venir no solo de África y Asia sino también de Europa.

Esas actitudes no pueden estar ausentes de la praxis diaria. La praxis no es sinónimo de práctica, acción o comportamiento. Ni tampoco es lo opuesto a teoría. Es una articulación de reflexión; una disposición a la acción que lleva a determinadas opciones y decisiones. Origina un modo de proceder. Se identifica con una forma concreta de actuación histórica. La praxis cristiana se concreta en la vida de la fe; la praxis marianista supone la encarnación de la fe marianista pero esa encarnación trata de hacerse sabiendo que cuanto más concreto se es se puede ser más universal, que hay que mirar lejos para ver cerca, que no hay que rechazar como malo lo que no es del todo bueno, que hay que pensar en el conjunto y actuar en lo concreto, que se parte del interior, que para bien actuar hay que ver y juzgar y que para medir la calidad de nuestro juicio hay que pasar a la acción. Los marianistas no se cuentan se pesan. Es importante enumerar las acciones que un marianista debe realizar. Entre ellas está el orar, evangelizar, aprender y formar y formarse, educar, sanar, servir, perdonar, reunirse, compartir, disfrutar.

Estas actitudes no quedan en la superficie. Calan hondo y nos dejan marcados con el estilo propio de los marianistas. Podemos afirmar su existencia pero a renglón seguido debemos concluir que es difícil describirlo. Es sutil. Se da ligado a algo más sustancial. Los franceses le han dado mucha categoría: “Le style c’est l’homme”. En estas páginas varias veces hemos intentado describirlo. Hemos ofrecido algunas pinceladas; lo hemos pergeñado. No hay duda que entre los marianistas se ha dado una evolución en él. Pero ahora y siempre se han cuidado las formas sociales; han sido cálidas y muy humanas, marcadas por la libertad; religiosas.

18. El modo cómo enfoca y resuelve los conflictos

Por supuesto que no debemos buscar los conflictos. Pero es un hecho que en la práctica no podemos vivir sin ellos. Están ahí. Hay que asumirlos. Tratamos de evitar la conflictividad del ambiente en que vivimos ya que afecta nuestra vida personal y comunitaria. Hace unos cuantos años le escuchaba a un religioso marianista que tenía una responsabilidad importante: *La mitad de los problemas se resuelven solos y el resto no los resuelve nadie*. No es el mejor criterio de acción. Afrontar las dificultades y hacerlo con ganas de superarlas es un desafío que está delante de los marianistas. Tener capacidad hoy para vivir el conflicto es tenerla para crecer.

¿Cómo se actúa frente a los conflictos o a las situaciones de *impasse* que se dan en los grupos de la Familia marianista? ¿Hasta qué punto estas situaciones fragmentan la unidad o identidad cultural de la Familia marianista? ¿Cómo afectan la sobrevivencia o la convivencia? ¿Qué actitudes existenciales prevalecen en el manejo de estas problemáticas? ¿Diálogo dialéctico, orientación autoritaria, distanciamiento de personas o de bloques, indiferencia, colaboración clara y sencilla, corresponsabilidad y cooperación?

Hay culturas que buscan el conflicto y llegan a crear fácilmente las situaciones embarazosas y que tienen difícil salida. Los típicos conflictos generacionales son debidos a

un enfrentamiento de valores. Del contexto cultural dependen también las diversas maneras de abordar los conflictos. El contexto globalizado de nuestros días lleva a la globalización de las situaciones enfrentadas. Cuando esta globalización se da resulta difícil identificar los responsables de los conflictos.

19. La manera cómo se ejerce la autoridad y se organiza el grupo

Todo cambio cultural, en sus diferentes niveles, tanto en el plano externo y fenomenológico como en el interno y profundo, se hace con la presencia y la acción de componentes socioculturales importantes. Entre ellos hay que citar los que tienen que ver con:

- el poder o mandar
- el tener o poseer
- el gozar o disfrutar
- el saber o conocer

El ejercicio del poder, la presencia de tensiones y el eventual riesgo de rupturas marcan los procesos de los grupos y las culturas. Hay culturas de guerra y las hay de paz, de conflicto y de concordia, de verdad y de amor.

La forma como una Familia espiritual se maneja frente a estos elementos es diferente de cómo lo hace una organización sociocultural o política cualquiera. Pero sus integrantes no pueden prescindir de entrar en procesos de maduración en cada uno de estos aspectos. La gracia supone la naturaleza. Si el sustrato humano no tiene el debido nivel de maduración difícilmente se ejercerá bien el poder o se vivirá la afectividad o la sexualidad. Por ello es muy importante preguntarse sobre los siguientes aspectos:

No podemos olvidar que no se formula bien una realidad cultural sin un contexto concreto de historia y de sociología. Toda cultura busca expresiones comunitarias y toda sociedad o grupo se afirma y se hace consistente cuando se apoya en contextos y realidades culturales. En esta interrelación entre cultura y sociedad como integración o como eventual desintegración se encausa el flujo concreto de la historia. Por tanto, nunca un análisis cultural de un grupo se puede hacer sin una conciencia clara y fuerte de los elementos sociales que pueden ser decisivos para la configuración de la identidad cultural y para su posible transformación o evolución. Esta ley se aplica también a la realidad cultural marianista.

A Antonio Gascón le gusta hablar de la institucionalización de la vida, del gobierno, de la administración, la formación y la misión de los religiosos marianistas. Institucionalización que se ha ido haciendo a través de los estatutos de los Capítulos generales, provinciales, Asambleas y organismos de gobierno. Un proceso similar han seguido también las religiosas y en él han entrado, en los últimos años, los laicos y las integrantes del Instituto secular de la Alianza mariana, los integrantes de nuestras comunidades educativas, parroquiales... ¿Cuáles han sido los grandes criterios que se han seguido para hacer realidad? Tenemos en nuestra historia un personaje que fue un gran genio organizativo. Formó parte del Consejo General de la Compañía de María y fue provincial de la Provincia de Cincinnati. El P. W. Ferree marcó mucho en este aspecto la vida de la Compañía de los años inmediatamente anteriores y posteriores al

Concilio. La significativa presencia numérica de los marianistas norteamericanos ha contribuido a que la dimensión organizativa entrara con fuerza en el diario vivir de la Familia marianista. Entró y después ha permanecido hasta el momento presente.

Son tres los grandes principios de la organización de la vida marianista

- El principio de la unidad que supone el de la igualdad o semejanza
- El principio de la diversidad que se basa en el de la identidad y del que se parte para que los grupos lleguen a la comunión.
- El principio de la complementariedad que supone el de la identidad y lleva al de la fecundidad y el crecimiento.

La comunión se hace a partir de lo diverso y no de lo uniforme; y lo diverso a partir de la identidad propia. Principio importante nuestro es el de que lo propio no es exclusivo ni lo hacemos excluyente. No hay duda que hay un especial modo de ejercer la autoridad entre los marianistas. Está marcado por la corresponsabilidad, la subsidiaridad y la participación.

En la Familia marianista se ha tendido a un ejercicio democrático de la autoridad. En buena parte porque es una sociedad primaria ya que es un grupo de personas que quiere considerarse familia. Este aspecto es una característica sobresaliente de los marianistas.

La Familia marianista ha recibido mucha inspiración del componente sociocultural. Las personas cuando nos reunimos y organizamos lo hacemos fijando la atención en los modelos sociales vigentes. Si echamos una mirada al conjunto de la historia de la Iglesia vemos que en ella misma las comunidades religiosas o cristianas han repetido mucho los diferentes modelos sociales del momento: señorial, feudal, parlamentario constitucional y democrático.

De este momento histórico el grupo marianista ha sabido asumir y asimilar un modelo de relaciones interpersonales horizontal, dinámico, interactivo, con mucho espacio para la relación afectiva, familiar; corresponsable, participativa e integrada por personas subsidiarias.

20. El alimento y la comida

El alimento y la forma de comerlo es un elemento de relieve en las diversas culturas. Lo que se come y el modo de prepararlo cuenta mucho en la tradición de los diversos pueblos y en las distintas culturas. En un cierto sentido cada uno puede haber acostumbrado el paladar de un modo diverso. Por supuesto, no todos los países y climas tienen los mismos productos alimenticios y las mismas formas de prepararlos.

Los procesos de inculturación en un país o grupo humano pasan por asumir los sabores y el modo de preparar y de presentar las comidas y el horario de las mismas. ¿Se puede decir algo de la cultura culinaria de los marianistas? Difícil. Sí se puede hablar de la de los benedictinos o los trapenses, de la de los japoneses o mexicanos.

No es mucho lo que uno debe extenderse sobre este tema. Pero lo que sí quiero indicar es que dentro de nuestra cultura marianista una de las mesas más importantes de nuestras

casas es la del comedor. En torno a ella nos reunimos. Nuestras comidas son actos comunitarios. Momentos de intercambio, de información y de reflexión. En la celebración no falta la buena mesa. De un cierto modo bien podemos decir que hay días de especial “*misa, mesa y camisa*”. Pero en el día a día se cuidan todos estos aspectos. ¿Es sobria la mesa en los días de ayuno?

21. Las expresiones artísticas y el modo de adornar la casa

En una cultura ambiente marcada por la primacía del tener, la obsesión por la satisfacción inmediata, el afán de lucro, la búsqueda del beneficio es sorprendente constatar el crecimiento del interés por la belleza y el buen gusto. Las formas que asume este interés se vuelcan en algo que fascina e incluso lleva más allá de la propia existencia. La auténtica obra de arte es una puerta para entrar en la experiencia religiosa.

Las expresiones artísticas son unas claras expresiones culturales. Entrar en una casa y contemplar sus muros es recibir un primer mensaje de la cultura de los habitantes de la misma. El adorno es parte importante de la cultura. Los muros desnudos pueden ser expresión de sobriedad; pueden ser, también, expresión de descuido y de dejadez, de falta de un mínimo de sentido artístico. Lo bello es parte muy importante de los valores de una cultura. La belleza nos llega por el color, las figuras, los paisajes, la música, los adornos, la armonía.

Las expresiones artísticas de marianistas, sobre todo en USA, atestiguan la posibilidad de que se de una fecunda simbiosis de cultura y de espiritualidad. Han sabido unir nuestras intuiciones teológicas con la auténtica belleza artística. En otros lugares la falta de gusto artístico o del buen gusto es notoria.

Las culturas están muy ligadas a la música. Los diferentes grupos tienen sus canciones preferidas. Tienen su folclore. Les interpreta la música y la letra. Las expresiones musicales nacen de la originalidad cultural y se prolongan en el tiempo y se pasan de generación en generación.

La vivienda es un elemento importante de una cultura. Refleja muy bien los grandes elementos de ella. Ha evolucionado en la historia y cambia, por supuesto, de un lugar a otro y en el mismo lugar de unas personas a otras. El monasterio, el convento, la casa de comunidad... son expresiones de la concepción de casa de la distinta visión de la vida religiosa. ¿Qué podemos decir de la casa marianista? Quizás poco más que sus integrantes son las verdaderas piedras vivas de las mismas. De todas formas, no conviene olvidar el sabio consejo del Abad Moisés a su discípulo en su ermita de Scitia: “Ve y siéntate en tu celda y tu celda te lo enseñará todo”. La verdad es que donde vivimos y en donde vivimos nos enseña mucho y muestra buena parte de lo que somos.

22. El vestir

El vestido es una expresión cultural. La vieja expresión “el hábito hace al monje” no está exenta de sabiduría. Los odres de la vida marianista no han tenido las formas clásicas. Los marianistas religiosos prescindieron del hábito y desde el principio se asimilaron a la manera de vestir de su época. La identidad religiosa o marianista en general no ha querido o necesitado de distintivos exteriores. Sí precisaba y expresaba una profunda convicción y una entrega decidida. Ese sería, con el pasar del tiempo, el verdadero hábito. El grupo fundador se había adelantado ya a su tiempo y había dado con el secreto de la mejor pedagogía: lo esencial es lo interior y lo interior tiene que cuidarse, cultivarse, ejercitarse, ahondarse. Exteriormente todo se reducía a un sobrio traje negro.

También en este aspecto hemos vivido una evolución: de ese "hábito" de los religiosos marianistas de traje negro se ha pasado a llevar un signo distintivo o a nada; en el entre medio se cambió de color; finalmente se dejó de lado la tendencia a la uniformidad. ¿Con qué criterios se ha procedido en todo esto?

El color blanco en el ambiente eclesial se identifica con la familia dominicana o el marrón con la franciscana o el negro con la benedictina... Los marianistas no tenemos color preferido que nos identifique. La belleza salva la fe, llegó a decir Pablo VI. La cultura marianista tiene que preocuparse de las expresiones artísticas. Ello supone color, sonido, pasión y buen gusto. En ella la forma de vestir es importante.

23. Lenguaje del marianista: palabras y decires

El lenguaje es un conjunto de formas de expresión y de comunicación codificado por un grupo. Forma parte de su cultura. Para los miembros de ese grupo el lenguaje les ofrece el sentido y el significado de lo que son y de lo que hacen. Se adecua a las experiencias y expresiones propias de ese grupo. Experiencias, por lo demás, que el mismo lenguaje hace significativas y públicas dentro del conjunto. Con el lenguaje se cuenta y se transmite la vida; se dice el misterio, se evoca la intimidad.

Hay palabras especialmente originales e importantes que están llenas de significado. Esas palabras ayudan a llamar las cosas por su nombre y a poner nombre a las experiencias que nos toca vivir en la vida corriente. Las palabras dan sentido y evocan hechos. ¿Cuál es este sentido original? ¿De dónde viene este sentido? ¿De dónde proceden esas palabras? ¿Son fruto de la contemplación? ¿Aparecen en los documentos importantes de los marianistas? ¿Qué evolución han sufrido esas palabras? ¿A qué se debe esa evolución? Si tuvieras que explicar esas palabras a alguna persona ajena a la tradición espiritual marianista, ¿por cuál de ellas comenzarías? ¿Cómo se presenta este vocabulario a los religiosos o a los laicos que se acercan a vivir nuestra espiritualidad?

Muchas veces he pensado al escuchar hablar a determinadas personas que la cultura es saberse palabra y decirse. Con todo sé bien que no es así aunque las palabras se cotizan mucho. La vida no consiste en conceptos sino en vivenciar la palabra al servicio de la realidad. Consiste, también, en crear un silencio interior que me permita escuchar nítidamente lo que el otro dice o comunica, el mensaje que emana de sus palabras. Tanto las personas como los grupos tienen palabras más o menos congruentes, expresión de la realidad interna y externa. Es verdad que cada persona y diría cada grupo es irrepetible y sus palabras auténticas ya que no pueden generalizarse ni abstraerse aplicándolas a situaciones parecidas.

A un grupo como el marianista le hace bien evocar las palabras en las que se juega su madurez como persona; palabras que hay que aprender a pronunciar cuando se llega a ese grupo, ya que con ellas se consigue el crecimiento en la integración del mismo. Puede ser interesante recordar algunas palabras típicas de otros grupos o tradiciones espirituales y a ser posible establecer también el contexto en el que surgieron y ver las posibles coincidencias con el lenguaje marianista. Sería bueno llegar a establecer las 50 palabras claves del vocabulario corriente de los marianistas y de nuestra tradición espiritual.

No hay duda que en este momento se tiende en la Familia marianista a *un lenguaje directo, personalizado, testimonial, narrativo, inspirado en la palabra de Dios, breve, interpelador, con mucha imagen. Es un estupendo desafío crear no solo palabras nuevas sino un modo nuevo de hablar y de comunicarse.* Decir que los marianistas son generosos y sociables corresponde a realidad. Nuestra vida se caracteriza por la generosidad, el compartir, la hospitalidad, la acogida, la colaboración y el espíritu de familia. Es muy importante saber rellenar estos casilleros y acertar a identificar estos elementos. Las culturas son menos vagas e imprecisas de lo que parece. A veces el no saber identificar estos medios es debido a que no existen o a la falta de sensibilidad cultural. Los vacíos de expresiones culturales pueden ser grandes y de grandes consecuencias. Una cultura es una realidad viva. Crece y decrece. Sus nuevas y diferentes expresiones son como las nuevas ramas del árbol que le hacen ser siempre de hoy. De ese modo puede hacer que un grupo que no es, sea. Si se ha dicho que uno es lo que lee (Joseph Brodsky) también se puede decir que somos lo que asimilamos de la cultura en la que vivimos y estamos sumergidos.

Al hacer una primera lista de esas palabras he visto que son palabras con memoria y con deseo, y diría con profundidad y pasión. Son el hilo conductor que nos permite aprender el sentido y el curso de nuestras vidas y de las vidas de nuestra familia. Palabras que bien sembradas en el surco de la existencia dan el fruto esperado si se cultivan con verdad y atentos a las necesidades que revelan y a los deseos que expresan y a la vocación al auténtico desarrollo humano de la semilla humana, cristiana y marianista que llevamos dentro.

El lenguaje común nos permite crear comunidad y nos da sentido de común pertenencia. Nos permite entendernos entre los que lo usamos y diferenciarnos de quines no captan del mismo modo los sonidos o las palabras. Por ellas ponemos en común la tradición, la experiencia y la cultura.

Bien merece la pena terminar este tema con una anécdota de Tony de Mello. “Un conocido profesor mío, profesor de Griego, fue al médico subrayando un síntoma que consistía en un dolor muy concreto. El médico le escuchó con la brevedad propia de empleados de nuestros sistemas de salud que siempre están apresurados y le dijo sencilla y llanamente en griego lo que él le había dicho en español: “usted tiene...”. El paciente le dijo: “eso es exactamente lo que yo le he dicho, pero pronunciado y expresado en griego; si no me añade nada más, me quedará como estaba”. Esta pequeña anécdota indica que muchas veces sustituimos la vida con las palabras y el concepto de vino no emborracha, el concepto de pan no alimenta. Lo que alimenta son el pan y el vino. Palabra verdadera, eso queremos que sea la palabra marianista; la que nombra la

realidad, la invoca, la convoca, dialoga con ella, se hace patrimonio común fecundo para transformar esa misma realidad.

Hemos llegado al final de esta larga lista de indicadores de la presencia de la cultura marianista. No hay duda que nos gustaría saber cuál de todos estos son más fundamentales y cuál menos. Las preferencias y prioridades de las culturas las definen muy bien a éstas. Marcan lo que es básico. Suelen precisar lo que para unas personas o un grupo es lo más importante. Establecer preferencias claras en las personas y en los grupos supone mucha lucidez. Hacerlo en una cultura es un buen servicio para los que la viven.

Es importante para un grupo, también, acertar a establecer prioridades en su vida y en sus actividades. Las prioridades claves le definen muy bien. Querría hacer una lista que puede contribuir a dar sentido a la vida marianista: el papel activo de María, la vivencia de la espiritualidad marianista, la dimensión comunitaria de nuestra vocación, el sentido fuertemente motivado de nuestra misión, la vivencia exigente de un estilo sencillo de vida, la iniciación en la fe, de una capacidad de amar marcada por la generosidad y el acertar a hacer la voluntad de Dios. ¿Son estas prioridades reales en la vida de un marianista? ¿Qué implicaciones trae? ¿Son las buenas o las habrá mejores? ¿Hay ausencias en ellas? ¿Cómo se relacionan con el Reino? ¿Qué significan para la cultura actual? ¿Cómo visibilizan todas estas manifestaciones la real cultura marianista?

Poner orden en el amor de una persona es establecer prioridades en lo que es objeto de preferencias. Entre la gama del amor y del odio hay un gran espacio para colocar ordenadamente aquello o aquellas personas a las que preferimos. No es una tarea fácil establecer este orden. Pero sí es un buen medio para marcar preferencias.

Para reflexionar y compartir

Cultura marianista en un centro educativo

Un centro educativo marianista es un exponente claro de la cultura marianista. Más aún, los centros educativos han sido un lugar privilegiado para convertir el carisma marianista en cultura. Buena parte de nuestra historia gira en torno a nuestras obras educativas.

En un cierto sentido, la cultura de la escuela da cuenta de la dimensión simbólica y da sentido a las prácticas e interacciones que ocurren en los distintos ámbitos de un colegio y en organización. La dimensión simbólica alude a los valores, conocimientos, ritos, reglas y normas, formales e informales, que orientan las interacciones y prácticas al interior de los establecimientos.

La cultura organizacional es un conjunto de premisas básicas sobre las cuales se construyen las acciones de la obra educativa. Estas premisas definen las certezas de la organización. Se aprenden en su interior y se asumen como orientaciones válidas y legítimas para interpretar, pensar y sentir al interior de ese contexto.

La cultura cumple varias funciones en el seno de una organización como un colegio. En primer lugar, la función de definir los límites; es decir, los comportamientos que se

consideran como deseables y válidos, a quien incluye y excluye. En segundo lugar, transmite un sentido de identidad a sus miembros y favorece la coordinación. En tercer lugar, facilita la creación de un compromiso personal con una realidad más amplia que la definida por los intereses personales y, por último, mantiene la estabilidad e integración del sistema social.

No hay duda que existen culturas organizacionales de diferente tipo y nivel en unos colegios marianistas que en otros. No hay duda, tampoco que esto influye en los diferentes aspectos de la vida del colegio: procesos pedagógicos, liderazgo, disciplina, acción pastoral, relaciones interpersonales, relaciones y presencia de los padres, calidad de los profesores y del producto que sale de la escuela, presencia y acción de los padres en el proceso educativo, opciones sociopolíticas de los integrantes de la comunidad escolar.

En una palabra, esta cultura, si existe, se puede encarnar en su espíritu, sus estructuras, sus contenidos, sus personas, su estilo, sus valores, su “rostro”, sus actividades, su exigencia. Pero un centro educativo marianista puede ser, también, un taller de cultura marianista. Es un desafío para todo educador marianista conocer el proyecto cultural marianista, asimilarlo, transmitirlo y marcar con él el conjunto de la actividad educativa.

1. Descripción del proyecto cultural del centro

¿Qué es lo que hace la diferencia de otros centros que no son marianistas o no son confesionales?

- Imágenes
- Conceptos
- Convicciones
- Valores
- Actitudes
- Capacidades
- Acciones

2. Identificar esta dimensión específica en la vida de un centro educativo marianista

3. Implicaciones en las diferentes dimensiones del centro educativo

- dimensión institucional
- dimensión pedagógica
- dimensión relacional
- dimensión de gobierno y de animación
- dimensión religiosa
- dimensión comunitaria

4. Implicaciones para los diferentes agentes educativos

- Director
 - Educadores
 - Personal administrativo y de mantenimiento
 - Padres
 - Alumnos
5. Cómo se advierte en el edificio, la estructura, el ambiente
6. Cómo está presente en las actividades del Centro educativo
7. ¿Qué hacer para que la cultura marianista sea
- conocida
 - asimilada
 - purificada
 - presentada
 - desarrollada
 - transmitida?
8. Cómo se advierte en los diferentes aprendizajes propios de un colegio
- *aprender a aprender
 - *aprender a hacer
 - * aprender a convivir
 - *aprender a ser
9. Alternativa frente a la cultura ambiente que se ofrece en el centro educativo marianista: ¿cuáles son las diferencias entre la cultura juvenil y la cultura escolar? ¿Qué le exige dejar “a la puerta del colegio” al alumno de su cultura ambiental, juvenil la realidad educativa de su centro?
10. “En su sentido más amplio, la cultura se considera como el conjunto de rasgos distintivos, espirituales y materiales, intelectuales y afectivos que caracterizan a una sociedad o a un grupo social. Además de las letras y de las artes, comprende los modos de vivir, los derechos fundamentales del ser humano, los sistemas de valores, las tradiciones y las creencias” (Definición de la UNESCO)
- Aplicar esta definición al “grupo social” de un centro educativo o parroquia o de promoción humana.
11. Se trata de pensar nuestra fe poniéndola en contacto con nuestra cultura, ¿se hace eso en nuestro centro educativo? En los contenidos, en las actitudes que se cultivan, en la metodología, en las actividades, en las expresiones artísticas?